

# Orbea

REVISTA MENSUAGA

CIENCIA :: ARTE :: SOCIOLOGÍA

DELEGACIONES  
EN TODA ESPAÑA  
Y AMÉRICA

Redacción y Administración  
Anselmo Cifuentes, 10

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre.. 3,00 Ptas.  
Un semestre.. 5,50 —  
Un año..... 10,00 —

## SUMARIO

Eugenio Noel ..... *Aguila de las Estepas.*

F. J. Sánchez Cantón..... { *San Francisco de Asis en la es-*  
*cultura española (continuación).*

Concha Espina..... *El Fraile Menor,*

José de J. Núñez y Domínguez. *En elogio de nuestra señora del ritmo.*

Emilia Bernal ..... *Poemas.*

Marcel Fourrier..... *La liberación de China.*

Ernesto López-Parra ..... *Canciones de era.*

Andrés Sepúlveda..... { *Caricaturas de Eugenio Noel*  
*y Ernesto López-Parra.*

Editorial..... *El ambiente.*

LIBROS.—Angel Dotor: *Recuerdos entomológicos*, por Juan Enrique Fabre;

*Uno de tantos*, por Angélica Palma.



## AGUAFUERTES IBÉRICAS

# AGUILA DE LAS ESTEPAS

---

Cuando el macho de varas franqueaba el quicio de la puerta del ventorro o alquería de la Paz, Manubrio le espetó entre dos bufidos tajadores:

—A ver si vas a poder más que yo.

Pero Pote que mosqueaba a sus espaldas y sabía cómo las gastaba el avispón de Manubrio, le empujó a la cocina, donde alguien toscamente respunteaba una jota, y le quitó el diestro de la bestia convirtiéndose en su espolista hasta la cuadra, allí enfrente.

Dejó Manubrio las riendas del macho en las manos de Pote, como los lagartos dejan el rabo entre las manos de los chicos de aviesa laya, y se zampó remolón y desatarecido en la covacha cocineril, en cuyo ámbito sucedían las cosas más inauditas.

Por lo pronto, había un hombre o cosa por el estilo que rasgueaba en un guitarro cierto aire de jota. Una trigueña retrechera palmoteaba incansable con una gamella en las rodillas llena de papas mondadas y canturreaba una jiga majadera en la que después de jipar que la adversidad le atraillaba, añadía que el Tajo no quiere ciudades cerca. Arrebujadas en pañolón de los de contratapa por cadera saltaban como dos galochas dos zancajosas pantorrilludas, con las medias pardas que llaman pincos. La voz de la tía parecía un cenorro de Mora, y las muchachas dos argueñas de paja de las que sirven para los vidrios. No muy separados de ellas jugaban a los naipes mozos de mulas de aquellos que siguen siendo como en los tiempos de Cervantes, «la más ruin canalla que sustenta la tierra», y al lado, en un grupo de ganapanes, se alzaba de vez en vez un graznido desafinado y tan agudo que penetraba el aire como una lezna.

Los ganapanes conocieron al arriero y le invitaron a acercarse.

—Ven, Manubrio, estamos haciendo fumar a un águila.

Pero Manubrio llegaba hecho una sopa y se acercó con los ateridos viajeros de la galera de Pote a darse una chama en la lumbrada.

El dueño de la venta los miraba riendo y los consolaba a su modo. Tenía aquello de venir empapados más sal que la montaña de Cárdenas. Eso sucedía en la mancha pocas veces... ¡Allí, precisamente, en la venta, que cuando la hicieron, como el agua alcanzaba más precio que el vino, se usó éste para construir la argamasa de los paredones!... Vaya si tenía sal el caso...; eso de abandonar los carros en la estepa se había visto pocas veces en la Mancha ¡y por amor del agua!...

Seca y desmañadamente mosconeaban sus relaciones aquellos asendereados manchegos sorprendidos por el diluvio y cada uno se quitaba el cieno y desentumecía como Dios le daba a entender y permitía el calentón de las brasas. No así el catalán que enfurecido y todo como estaba, se puso a discutir con el ventero y hasta le habló de las curvas hipsométricas de los vientos, amolando al lobuno ventero, que por ser mofletudo era jovial de suyo, con no sé qué arbitrios acerca del agua, de sangrías hechas a los ríos, de regantes y atandadores y de que sólo podía pasar lo que estaba pasando en un país en que el Azuel y el Jabalón y el mismo Guadiana eran comidos por la estepa...

La mujer del ventero, una aldeanota de rostró amondongado y con los dedos enclavados y encallecidos como los de un hombre,





EUGENIO NOEL

por A. Sepúlveda

le tapo la boca asegurando que la Mancha era así porque era... la Mancha. Bisbiseaba incesante:

—La Mancha, la Mancha... toda ella como la palma de la mano de un viejo...

¡Oh, la historia de la Venta de la Paz!... Fué de aquellos alivios de caminantes de que tanto y tan bien hablaron nuestros antepasados. Centenares de veces los arrieros trajinantes vieron de bueyes junto a los carros de la Muerte en el patio. Luego, fué casa embrujada, de esas que de lejos os dicen: Hace cien años que nadie habita esa casa. A los duendes, brucolacos y jorquinas sucedieron los bandidos. Muchas veces fué arrasada de oficio santo y lego; pero, otras tantas en el espacio de una noche la alzó el diablo, sin duda. Y hoy es simplemente una venta, un hostal, un ventorro donde se vende agrillo; con cobertizo para diligencias y carros; con viejos atalajes de bestias en las paredes negruzcas o colgados de travesaños y rastreles; con cuatro paredes salpullidas de pecas, con saledi-

zos y voladizos acribillados de ventanucos, con puertas mal olientes a bahorrina; cahices y cabrios, sarias y chavetas o clavijas, aciales, cangilones oxidados de senia o palancas de ruedas de palos, cuévanos y un tubo curvo de zinc que hecha agua en una tinaja de enorme bocaza empotrada en el suelo hasta la mitad de la panza abacial. Hoy es la Venta un amasijo de construcciones podridas, con claroscuros fatales a los que tienen que dormir o vivir en ellos; con rincones repletos de trastos rotos, cubos abollados que sirven de tientos a plantas que siempre son las mismas, hierbabuena, albahaca, menta, sándalo, almoraduz.. ropas tendidas de pilarotes a ensambladuras roídas por la carcoma, tinas con aguas sucias, soportales negruzcos, carros que inclinan su capota con aire de fatiga...

El Ventorro de la Paz no conserva de su historia más que el remoquete que siempre tuvo. Porque esa posada se llamó así siempre y cuanto más horrendas o extraordinarias cosas sucedían en ella con más autoridad se



llamaba así. Todos ríen al decir la Venta de la Paz; y ríen porque están en el secreto. ¿Quién ha estado allí en paz nunca? Hoy mismo, los crímenes más sangrientos, los escándalos más incalificables se cometen y desarrollan allí. Las citas entre la gente de bronce se dan así: Eso lo veremos en la Venta de la Paz. Si pasa un auto se rompe algo, si entra un caminante riñe con alguien. La cebolluda ventera y su marido se zurran la badana un día sí y otro también. Si en algún lado riñen a gusto los gitanos allí es. Un día un viajero se levantó del camastro de su camaranchón, de la piltra; estaba inquieto y sin saber por qué. Se le ocurrió mirar bajo el catre y vió un cadáver. Estuvo a punto de morirse cuando supo que la ventera—madre de la que decía al catalán: «La Mancha, la Mancha... toda ella es como la palma de la mano de un viejo»—había dicho: Le puse aquí para que el viajero tuviera donde dormir aquella mala noche; por otra parte, el pobrecito difunto acababa de morir y no estaba aún frío cuando le hicimos sitio al nuevo viajero...

Manubrio no quiso cenar con Pote y Baba. Le traía a mal traer una idea que se le había puesto en el corazón: su macho de varas no, no podría más que él. Pote le explicó la herida, el matriscal que así llamaban en caló gitanesco al albéitar—no le hubiera hecho mejor la cura La hizo en la cuadra a la luz de un candilejo que tuvo Baba.

—Le has dao una corna de caballo, morucho—le dijo.

Y sin más lengüeteo, se fué con los ganapanes, de cuyo grupo salía un graznido raro, indescriptible alarido que tenía algo de pato y algo de chacal.

Al pasar cerca de las troteras villanescas, una de ellas se le acercó. Tenían sus cuentas que arreglar «dende la feria de melones de Quintanar...» No era fea aquella mozueta, flor de altana venteril y maritornes ascendida por méritos de guerra...; con huesas fuertes y altas en los pies, y bien arrebujaada en pañolón de flecos de... batán. No la hizo caso mayor Manubrio y despreciando «cuerpo tan guisado» se hizo un hueco entre la chusma, gentecita digna de la kaleusma de los remeros de gurapas...

Estaban hablando de cosas trascendentales aquellos hijos de don Furón, el rapaz trainel del arcipreste que a no ser por catorce cosas malas que tenía, nunca se vió cosa mejor. Que si en la casa del Toboso, donde hay un escudo viejo que sirve de colocha para separar la aceituna del atrojo, vivió doña Dulcinea; que dónde estaría a aquellas horas el cura Chorlitos; que si las Trinitarias y Franciscas traían con frecuencia misteriosas novicias; y que no se había vuelto a hablar de la llave del

sepulcro de la monja. Unos a otros, aquellos mozarrones masines desplumaban sus recuerdos de las caravanas de enfermos que acampamentaron un día, tanto tiempo ha, en la plaza de las Trinitarias y que buscaban el contacto con la llave...

Manubrio les interrumpió preguntando a la hampería qué clase de bicho era aquel que tenían atrahillado por las peludas garras y las alas. Le contestó uno de ellos:

—Es un águila, un águila manchega.

—De la serranía manchega, de donde tú eres, Manubrio—añadió otro hondibulario de aquellos dignísimos compadres de los canóculos, de Festus.

Manubrio miró riendo al enorme y furioso bicho. Estaba grotesco el aguilucho de las estepas castellanas, rabioso y con un cigarro en el pico que no se desprendía de él merced a la punta encorvada de la escotadura que hace en ellos las veces de dientes.

—Está fumando, ya lo ves, como un tío.

Manubrio, con gran riesgo, le arrancó el cigarro y contempló largamente la estampa del águila de la estepa. Nunca la había visto. Cuando vuelan estos inmensos rapaces lo mismo pueden ser águilas que buitres, alciones que barbusardos. No estaba herido; había caído en una trampa vulgar cualquiera, como un trivial cernícalo.

Lo interesante de su cromó rebelde, convulso en inquietud mareante, eran sus ojos enormes, hundidos bajo el arco de las salientes cejas. Y de aquellos ojos grandes, tan grandes que no parecían hechos para el tamaño de su cuerpo, lo admirable era el iris amarillo, casi dorado, con florescencias bermejas, con ródios pardos proyectados en haz sobre el bronce del pico y el azufre de la nariz colocada al través.

Los truhanes admiraban, sobre todo, esto: que parecía tener los huecos de la nariz al revés. Se lo señalaban unos a otros y reían.

El cuerpo rígido y robusto tenía el empaque petulante del gallo, pero con una exaltación más pura, con una más franca majestad. El movimiento de las alas, lejos de ser torpe era como el de dos poderosos brazos. Las ancas y cobijas de la cola se agitaban con la rabia de la cola de un felino.

En la noche, las llamaradas del hogar, al irradiar en el rincón donde los belitres tenían el ave presa, destacaban los suaves matices de las pennas, de las rémiges, de la cera. Las franjas negras, los negros manchones del plumaje no eran el ébano de los cuervos, sino aceradas fajas azules que desde un gris ceniciento obscuro terminaban en motas rojas en la nuca, brillos cobrizos en la espaldilla, visos claros en los bordes.



La ventera les había rogado la guardasen las pluma blancas del buche. Según ella, los alimañeros aconsejaban como remedios de gran virtud eso, la cabeza y las garras... Manubrio miraba esas garras con alegría. Le agradaban de verdad aquellos tarsos plumizos, pajizas patas moñudas, erizadas de corvos raigones nunca quietos que se fruncían y estiraban como los anillos de un ofidio.

Los que querían ver el águila descolgaban un candilejo y se acercaban, no sin temblores en el brazo. La encontraban corpulenta y alta, muy orgullosa y como pintada. A las mujeres les causaba mal efecto. Cuando chillaba pedían a gritos que la matasen. Darla libertad, eso nunca, bestias como esa eran invención del infierno. ¡Qué uñas! gruñían entre aspavientos. E inconscientemente se miraban las suyas.

Como si unas articulaciones ensamblaran en otras, las garras del animal se agitaban en feroces espasmos, haciendo temer por las ligaduras. Manubrio examinaba con atención aquellos movimientos de indomable brusquedad, y las rectrices de las alas tensas como para liberarse en vuelo glorioso, la maceración de las caudales, unas con otras en la desesperación de la servidumbre fundiendo reflejos acerados con brillantes listas limonadas y filetes azulados; y más que nada, el violentísimo dilatarse y contraerse de aquellas lucientes uñas ganchudas como garfios, como garabatos de increíble energía.

—Es de tu tierra, Manubrio, decían unos. Y hasta tiene ojeras como tú, añadía otro.

Reían de ello. En torno de los ojos negros del arriero había como un halo más oscuro que la atezada piel de alrededor. Y otro, aunque más perfectamente dibujado como en resalte velludo y fosco, había encerrado en círculo los ojos profundos del ave de la estepa.

Los ojos fascinaban a todos y los engarribaban en mil apreciaciones absurdas. Realmente, nada comparable a aquel punto central del ojo, del que parecía salir un chorro de luz, y que era al mismo tiempo profundo, como si el poder de la visión estuviera en él y le fuera posible a la rapaz proyectar esa fuerza fuera de ella y muy lejos.

Las alas nadie se atrevía a medirlas. Formaban sobre el pecho del ave reina como un manto sobre acromiones en roleo, y cuando, en su furia, las agitaba, apenas las separaba un poco de sí. Había sangre en una de ellas y los tagarotes manchaban de ella sus pañuelos de hierbas colocándolos en el extremo de una estaca. Les asombraba el tinte de púrpura que poseía aquella sangre.

Manubrio no quitaba los ojos de las garras y el pico. A veces se volvía hacia la puerta que tenía cerrada a causa de que el temporal, lejos de amainar, prometía una noche toledana. Baba y Pote contaron a los ganapanes de la venta sus apuros y el abandono de los carros a la inclemencia de la avalancha. Les contaron también las navajadas de Manubrio al macho de varas, una de las bestias mejores para el trabajo que vendieran los maranchoneros nunca, que verdaderamente no tenía precio.

—Ha hecho bien, fué el comentario de todos.

—A ver si va a poder más que yo, refunfunó el arriero.

Después charlaron de su casamiento. No valía la pena ni hablar de él; una mujer como todas, la hija del tío Eladio y amén. En las serranías los hombres se casan pronto y las mujeres tarde. Ella tenía más edad que él y más cuartos en la faltriquera. Le esperaban para casarse a la vuelta de aquel viaje a Quintanar de la Orden.

Y sobre estos detalles adeliñaron ellos puntos de vista más o menos pintorescos, les sorprendió la cena y el sueño y el problema de dejar allí el águila.

—Yo me quedo con ella, dijo Manubrio.

Y cuando se quedó solo en la estancia cualquiera que hubiera visto a Manubrio pensativo, los ojos fijos en el águila de las estepas, de esa ave que decían venía desde sus sierras a la inmensa llanada, habría creído que el arriero pensaba en su boda.

Pote le conocía mejor. Y haciendo que dormía, los brazos en el respaldo de una silla y la cabezota en los brazos, espío a su amigo.

Manubrio estuvo algún tiempo buscando el cabo de las ligaduras que sujetaba a un pernio el ave, y luego cogió de la alacena un gran saco. Pote comprendió y le preguntó de sopetón:

—¿Pero qué vas a hacer, Manubrio? Y lo que el buen arriero paisano de la rapaz quería hacer era nada más que la tontería de atar el águila a las patas del macho para que... se lo comiera.

Y siéndole imposible por la oposición radical de Pote, Manubrio gruñó una vez más:

—A ver si te crees que el macho va a poder más que yo.

EUGENIO NOEL.



# SAN FRANCISCO DE ASÍS

## EN LA ESCULTURA ESPAÑOLA

(Continuación)

Eco del San Francisco del claustro toledano es el que estuvo en la fachada del Hospital madrileño de La Latina, que llevaba la fecha de 1507, y que hoy, en los almacenes de la Villa, aguarda una inteligente reconstrucción<sup>38</sup>.

Nos aguarda un grupo de representaciones del Santo de Asís del mayor interés: Burgos fué, desde mediado el siglo, foco de la escultura gótica, repitiendo el esplendor de la centuria XIII<sup>a</sup>. Artistas del Rin, de Nuremberg y de Borgoña coincidieron en la cabeza de Castilla, enriqueciéndola con profusión de obras.

En el último temple del pináculo de la izquierda del sepulcro de D. Juan de Padilla—paje a quien la Reina Católica llamaba «Mi loco»— que del arruinado monasterio de Fredesval pasó a ser gala del Museo de Burgos, hay una elegante estatua de San Francisco predicando; está deteriorada, como otras de la misma obra, debida a un gran escultor: Gil de Siloe, que desde Nuremberg trajo a Castilla las exquisiteces de la plástica alemana, entonces floreciente.

En Burgos, y de muy fines del siglo, hay unos estigmas en el segundo cuerpo de la calle lateral derecha del retablo de San Nicolás—el pasmoso «muro de piedra animado»—. Aliento místico agita de la figura del Santo—falta del brazo derecho—; el fraile compañero duerme como en la pintura de Huberto Van Eyck, del Museo de Turín; un árbol, al fondo, lleva al campo la escena. La talla es fina y cuidada, mas los primeros se pierden en la algarabía de líneas del retablo, que será obra tal vez debida a Simón, el segundo de los Colonias. En relación próxima está el retablo de la capilla de Santa Ana, en Cervera del Río Pisuerga (Palencia). El San Francisco repite el tipo burgalés conocido<sup>39</sup>.

En Sevilla, y en los linderos del siglo siguien-

te, se edificaba la singular portada de Santa Paula, donde un artista fecundo y muy dado a firmar, tal vez flamenco, llamado Pedro Millán, hizo la decoración de medallones de barro, dentro de guirnaldas, a la manera de los de la Robbia, con muy diferente estilo; los medallones destacan sobre un fondo de azulejos que firma Francisco Niculoso Pi-



Pilar del Hospital Real de Santiago

sano. El segundo de la izquierda figura a San Francisco y a San Bernardino de Sena, de pie y cuerpo entero. El Fundador ostenta el crucifijo y un libro dentro de su bolsa.

Si la abundancia y variedad de la escultura española del siglo XV dificulta el estudio completo



de las representaciones de San Francisco, tampoco es fácil recoger la influencia ejercida en las letras castellanas del tiempo por la poesía franciscana; los sentimientos y las devociones que de ella proceden infiltráronse desde mediados del XIII y arraigaron de tal suerte, que no es empresa hacedera seguir sus huellas <sup>40</sup>.

Para que se juzgue de cuán armoniosamente suenan en nuestra lengua los conceptos sencillos del *Poverello*, véanse estos versos, cogidos al azar, en Fernán Pérez de Guzmán:

«Floresced preciosas flores,  
reoleo lirios muy santos,  
suenen vuestros dulces cantos  
calandrias e ruiseñores...» <sup>41</sup>

No menor acento de franciscanismo fluye en los versos de Fray Ambrosio Montesino, autor de romances tan llanos y sin afeites como aquel que dice:

«Andábase San Francisco por los montes apartado...  
Usaba de duras peñas por blanda cama y estrado.» <sup>42</sup>

## SIGLO XVI

Fué de franciscanos el primer edificio conocido en Castilla, levantado de planta según el arte nuevo: la iglesia de San Antonio de Mondéjar, concluída a expensas del Gran Conde de Zúñiga en 1508, o antes. Destruyóse en gran parte de reciente—para emplear sus materiales en una plaza de toros—, y no queda otro resto de escultura que la Madona de la portada <sup>43</sup>.

Pero, antes de entrar en el estudio de las representaciones franciscanas españolas del Renacimiento, hemos de registrar las importadas de Italia y las que, siendo o góticas o de transición, se labrarían ya en el siglo XVI.

De arte de fuera y traídas ya acabadas hay dos representaciones de San Francisco; bellísima una, en el relieve de Andrea della Robbia de la catedral hispalense; de menos quilates la segunda, en el sepulcro que en la Magistral de Alcalá de Henares guarda los restos del gran franciscano que conquistó Orán y gobernó a España. Obedece la primera al tipo consagrado en el arte italiano del siglo XV; la segunda es un tanto fría e inexpresiva.

Italiano, aunque de seguro labrado en España, el sepulcro del Cardenal Mendoza, en Toledo, presenta en el tímpano del cuerpo bajo un San Francisco de busto prolongado, con un libro, haciendo juego a San Jerónimo.

En el grandioso retablo mayor de la misma catedral habrá de seguro imagen de San Francisco, pero de diminuto tamaño y perdido, por tanto, en la fronda de estatuas y talla decorativas.

Esta magna obra se hacía de 1498 a 1508, y casi de los mismos años es el espléndido retablo

de la Puridad, hoy en el Museo de Valencia; la talla fué contratada por Pablo Forment y sus hijos Onofre y Damián, en 20 de Febrero de 1503. Es admirable el San Francisco, en el pilar de la izquierda. Anciano: medita con extraordinaria concentración, faltará en la diestra el crucifijo; con la mano izquierda sostiene una larga cinta, con rótulo. La proporción es ya clásica, aprendida en el arte toscano, pero el sentimiento es todavía gótico. Ya Tramoyeres pensó en atribuirle a Damián Forment, con preferencia a su padre y a su hermano <sup>44</sup>.

En Burgos, al florecimiento prodigioso de la escultura gótica de estilo alemán en la segunda mitad del siglo XV sucedió el desarrollo igualmente extraordinario de la plástica renaciente; el tránsito de una a otra está preñado de problemas sugestivos.

Quizá no haya en Castilla representación de los estigmas de comienzos del siglo XVI que pueda ponerse al lado de la que se ve en el Sepulcro de Doña María Manuel, biznieta del autor del *Libro de Patronio*. Se guarda en el Museo de Burgos, tiene forma de lecho, la yacente con dos bellísimas damitas, de las que una lee y otra escucha, a los pies; es una espléndida figura de amplios paños. Decoran la tumba, en un testero, la Crucifixión, de alto relieve, y a los costados, otros dos, entre pajes tenantes de blasones, en templetes de rica y delicada talla. El relieve de la derecha de la yacente tiene por fondo abrupto paisaje de peñascos—el sagrado monte Alverno no fué siempre interpretado con tanta verdad, pues con frecuencia se le hace paisaje riente; el Santo ha caído con una rodilla en tierra y la sorpresa le obliga a levantar los brazos: hay dinamismo en la escena, acentuado por la silueta tranquila de Fra Leone «*la pecorella de Dio*», sentado y con el libro abierto en el regazo. La técnica del relieve recuerda obras italianas por los elementos pintores.

De los retablos burgaleses, aquel donde primero se dejan sentir las graciosas formas incipientes, es el de la capilla de los Santos Reyes, en San Gil <sup>45</sup>: bajo los calados doseletes flamígeros se descubren veneras clásicas y una cenefa de lengüetas—la «flor de agua» de los galicistas—corre contorneando la vuelta interior del arco que le encierra; nuncios seguros de los tiempos nuevos.

En el tercer cuerpo del retablo, donde comienza a voltear la curva, seguida por un gracioso quiebro en las imágenes, aparece un Santo franciscano, con un libro abierto que por su aspecto juvenil pudiera creerse San Antonio. La Virgen de la Adoración y el Santo franciscano de este retablo se aproximan en técnica a la damita que escucha y al San Francisco del sepulcro de Doña Juana Manuel, y se advierten analogías con algunos detalles de los relieves del trasaltar, que más se apar-



tan del estilo que después caracteriza a Felipe de Borgoña. ¿Será su artífice, que no es Colonia ni Siloe, algún colaborador, hasta hoy desconocido, de Maestre Felipe? La imaginación se lanza por una hipótesis atrevida, ¿no estaremos a la vista de los comienzos de aquel escultor burgalés, que pasados pocos años era un genio de la plástica renaciente y que se llamó Bartolomé Ordóñez?

En la misma iglesia, el altar de la capilla de la Natividad, de más acentuado clasicismo, presenta una estatuilla de San Francisco en el primer pilar de la derecha del banco; es de notar su línea movida, forzada, para descubrir el pie izquierdo, alzando con la diestra el hábito. Es claro su parentesco, en cuanto a tipo, con el muy bello que aparece en el retablo del lado del Evangelio de la capilla del Condestable en la catedral de Burgos, de excelente labor, que suscita el recuerdo de Diego de Siloe.

No se separa cosa mayor de las inmediatas interpretaciones la que se ve en el grandioso monumento fúnebre del Obispo D. Fadrique de Portugal, en la catedral de Sigüenza. Fué este prelado uno de los más opulentos constructores del Renacimiento; débele esta iglesia obras como la puerta del jaspe, el altar de Santa Librada y su propio mausoleo. Murió de Arzobispo de Zaragoza en 1539; pero la obra del sepulcro será bastante anterior, ya que en 1533 se colocaba la reja<sup>46</sup>. El San Francisco está a la derecha del nicho del primer cuerpo; la imagen es de silueta quebrada, por la sorpresa del prodigio de las llagas, acentuando el movimiento los pliegues exagerados del hábito. Las esculturas de este sepulcro se relacionan con las de la tumba del Obispo de Canarias<sup>47</sup>, y en todo ha de verse un reflejo de los primeros pasos del Renacimiento en Toledo; quizá el nombre de Alonso Covarrubias es quien mejor represente esta tendencia.

Algo posterior, pero obra también de la misma escuela o taller plateresco de Sigüenza, es la graciosa escultura de San Francisco que corona, entre dos enormes grifos, el sepulcro de D. Francisco de Villamuño (muerto en Enero de 1535), y que es ornamento precioso de la iglesia de las monjas clarisas de dicha ciudad<sup>48</sup>.

En la fundación cisneriana de San Juan de la Penitencia, de Toledo, un bien labrado medallón de San Francisco orante en el retablo del Evangelio, puede fecharse hacia 1525<sup>30</sup>; las tablas son del estilo de Juan de Borgoña.

Si comparamos cualquiera de estas obras de nuestro Renacimiento inicial, talladas por artistas anónimos, con el San Francisco del mausoleo de Enrique II en Nantes—el más insigne monumento escultórico francés de aquellos años, debido a Jean Coulombe (antes de 1519)—, la diferencia es tan grande que define a dos naciones. Tomando

al azar un San Francisco español del primer tercio del siglo XVI, siempre veremos en él un empeño de sentimiento, de expresión; siempre ropajes o actitudes se esforzarán por declarar la emoción que, a veces, no es capaz el artista de traducir en el rostro. La estatua francesa efigia un fraile apacible, bien hallado en la vida; con tranquilo gesto muestra la impresión en el costado, y la cabeza, excelente, es de un razonador, no de un místico.



**Estatuas en el crucero de San Juan de los Reyes, de Toledo.**

El 18 de agosto de 1524 contrató el canónigo y protonotario D. Gonzalo de Lerma con el escultor Maestre Felipe de Borgoña, la labra de su sepulcro para la capilla de la Presentación en la catedral de Burgos. Murió D. Gonzalo en 16 de enero de 1527, pero la sepultura, si se cumplió el contrato, hubo de estar acabada para la Pascua de 1525; decóranla ocho medallones<sup>49</sup>; en el del centro del costado izquierdo se figura a San Francisco, de medio cuerpo, abrazado a la Cruz; es imagen menos exagerada y fría que las virtudes de los lados, pero ya indica claramente que no era Bigarny artista de genio adecuado para interpretar al Serafín de Asís; ello lo probó hasta la saciedad años más tarde en la sillería del coro de la catedral primada.

Se contrató, como es sabido, en 1539: Felipe de Borgoña hizo las sillas de la derecha y Berruete las de la izquierda; frente a frente, en obra pareja, la victoria del Castellano sobre el Borgo-



ñón sólo pudo quedar indecisa para los ingenuos redactores de la lápida conmemorativa. Los tableros de uno y otro se diferencian hasta por una circunstancia trivial, pero muy significativa, y creo que nunca observada. Todas las figuras de Berruguete rompen el dintel, no cabiendo dentro del marco; las de Bigarny apenas le tocan. ¿Y el San Francisco?, lo labró Maestre Felipe, desgraciadamente. Es un buen relieve, al que sólo falta una cualidad: espíritu. Excesivo y anguloso el plegar;



Tablero de la sillería del coro de la Catedral de Toledo, contratada en 1539. Felipe de Borgoña.

demasiado amplios los ropajes, y tan duros, que la capucha se sostiene por su rigidez. Con la diestra coge la Cruz, y con la izquierda muestra la señal del costado. La cabeza, de firmes rasgos, quiere ser expresiva y resulta vulgar. Cuando de este relieve pasamos a cualquiera de los de enfrente, se deplora que Berruguete no haya esculpido en la sillería al Santo de Asís.

Por fortuna, el gran escultor labró años después un San Francisco; acaso su obra postrera, aunque hubo de firmar el contrato en 24 de noviembre de 1547. Se ha escrito bastante sobre la parte personal de Berruguete en el retablo de Santiago, de Cáceres<sup>50</sup>; pero, pocas cosas declaran con más certeza su gubia que el relieve de la estigmatización. Redúcese a las dos figuras del Santo y el fraile compañero; el paisaje y el mismo serafín son de pincel e insignificantes. Tal vez en toda la escultura del siglo XVI no hay nada de mayor dinamismo, si se exceptúa el dramática-

mente contenido en los mármoles de Miguel Ángel. Entre todas las representaciones de los estigmas que conozco destaca ésta por su brío; el asombro y la pasividad con que el Santo recibe el don celestial, según casi todos los intérpretes, se trueca aquí en acción y en movimiento. El impulso místico ascensional está expresado como si San Francisco no pesase, y se subraya por la oposición de Fray León que, arrebuado en el hábito por la sorpresa, diríase que quiere sumirse en la tierra; y la composición dibuja el perfil de una flecha lanzada al infinito.

Hay que descender de estas alturas, pues artistas como Berruguete no suelen tener pares en su tiempo.

El tipo castellano de San Francisco, en pie, hablando y con la mano izquierda alzando el hábito, se repite con modalidades distintas en muchas partes; por ejemplo: en el arco de la capilla de San Miguel de la catedral de Baeza.

En Aragón, la figura proteica de Forment, a quien perjudicó la excesiva facilidad de su gubia, es la capital en la época; mas no conozco de su mano ninguna efigie memorable de San Francisco, fuera de la ya estudiada del retablo de la Puridad, en Valencia, obra juvenil y preciosa; ni tampoco de Gabriel Voli, de gusto más depurado, pero sin vuelos geniales.

En el retablo del Pilar, en San Pablo, de Zaragoza, hay un San Francisco recibiendo los estigmas, de no vulgar factura, arrodillado, de frente y con barba.



Relieve del retablo de la Iglesia de Santiago, en Cáceres, encontrado en 1547. Alonso Berruguete.

Apenas hay sillería donde no aparezca efigiado San Francisco. No es creación genial, pero tiene sello de novedad el San Francisco del Coro de Avila; presenta ciertas particularidades, lleva san-



dalias y capa, cuando en los anteriores viste sólo el hábito sencillo. Está en el momento de recibir los estigmas y en pie, y no cabiendo la escena en el encuadramiento arquitectónico, tapan los paños parte de la columna y el serafín ocupa una de las albanegas. Esta sillería, trazada en 1534, se labró por Juan Rodríguez y Lucas Giraldo, hasta 1543. Está también en el coro de frailes de la Cartuja de Miraflores, que se trabajaba hacia el año 1558, por Simón de Bueras. Casi contemporánea es la de Badajoz (1557) donde San Francisco, mostrando las manos, ocupa un tablero del frente <sup>51</sup>.

El retablo de la catedral de Astorga es la obra maestra de Gaspar Becerra, el escultor más directamente influido por el estilo de Miguel Ángel; el que marca el punto de mayor italianismo y el que señala tal vez también el comienzo de la decadencia manierista. En la cima del retablo, y entre otros santos fundadores de Órdenes religiosas, figura San Francisco: la imagen carece de sentimiento, que pocas veces anima las esculturas movidas y en ocasiones de pagana belleza del famoso artista andaluz <sup>52</sup>.

El retablo de Fuentegrimaldo, en tierra de Ciudad Rodrigo, es obra importante de hacia 1560; San Francisco, en el nicho de la derecha del primer cuerpo, está representado sobre unas peñas recibiendo los estigmas, rasurado, de largo cuello y musculosos brazos—desnudo el derecho—, es tipo singular. Según el Sr. Gómez Moreno, no hay atribución fundada para este retablo.

En el rico retablo de las Claras de Briviesca, que un documento mal leído o que no le corresponde fecha en 1519, y que ha de ser lo menos de cuarenta años después, hay una hermosa estatua de San Francisco, fuerte, membrudo, sano y tranquilo, en actitud de hablar y con el libro sujeto por la mano izquierda. Este retablo es ejemplar notable de una serie de labores escultóricas de tierras burgalesas, en las que la excelencia técnica no suple las faltas de emoción y de originalidad.

La obra principal del grupo es el retablo de la catedral de Burgos, que en 1562 comenzó el maestro Rodrigo de la Haya, y que terminó en 9 de febrero de 1580 <sup>53</sup>. El Santo Fundador aparece, con su nombre, entre la rica talla de las columnas próximas al Sagrario.

Se advertirá que no va registrado hasta ahora ningún conjunto por completo consagrado al Santo de Asís; con escenas de su vida; en adelante quedará todavía más patente esta carencia. Sin que abunden, hay ejemplares de pincel, pero de talla no conozco ninguno dentro del siglo XVI. Acompañan cuadros a una escultura central, en el que luego se estudiará, de Juni; y entre tableros de loza de Zalavera hay uno importante en Mombeltrán (Salamanca). El San Francisco, de talla policroma, llevaba la cruz que hoy falta en la diestra, y mues-

tra las señales de la mano izquierda y del pie derecho. El tímpano lo llenan los estigmas, escena de gran tamaño, con muchos detalles de paisaje, en azulejos de correcto dibujo; a los lados de la hornacina de San Francisco, San Antonio y San Bernardino, de azulejos también; podrá datarse este conjunto hacia 1560.

Mas dejándonos de escultores secundarios, pasemos a la obra de otro de los mayores artistas españoles. Aunque no nació en la Península, Juan de Juni, como el *Greco*, supo hacerse intérprete de nuestra sensibilidad y ahondar en nuestra alma. Dos interpretaciones de San Francisco dan en cifra la evolución de Juni. No es obra de juventud; pero,



Altar de la Iglesia de Santa Isabel, de Valladolid.  
Juan de Juni:

sí anterior a 1569, el retablo de la capilla de los Alderetes, en San Antolín de Zordesillas <sup>54</sup>, donde se acentúa la comunicación entre las figuras encuadradas por la traza arquitectónica: ya el altar no es una yuxtaposición de estatuas y escenas inconexas; a la unidad de cada cuadro se sobrepone la unidad de la masa expresiva; ¿qué es, en suma, sino volver a lo gótico? (retablos de Miraflores y de San Nicolás de Burgos). En Tordesillas, el San Francisco, el Santo Domingo, el San Bartolomé y la Magdalena, en cuerpos distintos, en calles diferentes, *asisten* al Descendimiento central; forman para la emoción una escena. El Santo de Asís, similar en tipo al de Briviesca, se ha hecho más movido y ascético. Pero donde el gran escultor, sacudiendo recuerdos y precedentes, creó un San Francisco original fué en Santa Isabel, de Valladolid <sup>55</sup>. Arrodillado, con el crucifijo en la izquierda, la diestra al pecho, vibra el Santo de pasión. El



retablo, de bellas líneas, resulta insuficiente para contener la escultura desbordante de formas expresivas; los paños son aborascados cual los de un artista barroco. Las manos tienen valor emocional, no menos que el rostro. El Santo, al coger el crucifijo, recuerda los años pasados lejos de la cruz, y estos versos de Lope de Vega pueden servir de epígrafe a la admirable escultura:

Dulcísimo Jesús, yo estaba ciego,  
yo estaba ciego, vida de mi vida,  
pues no te abrí cuando llamaste luego.

El frío Bosarte, ante esta imagen, habla entusiasmado de que las obras de Juni «son llamas de fuego».

Obsérvase en las obras de Juni un cambio total en el tipo del Santo; el segundo, pudiéramos decir que es el que quedó inmutable durante siglos: rostro en óvalo alargado y con barba. Débese, en parte, en mi opinión, a que por entonces pasa a ser tópico en poetas y escritores piadosos el tema de *San Francisco, retrato de Cristo*, que hubo de formular la musa del pueblo en esta copla, glosada por Damián de Vegas:

Tal sello impreso traéis,  
Francisco, en vos, que pregunto:  
si sois Cristo o su trasunto,  
porque se le parecéis <sup>56</sup>.

La misma idea fué desenvuelta por el más grande de nuestros escritores en un soneto lleno de alusiones artísticas. Púsole Cervantes entre los preliminares del *Jardín espiritual*, de Pedro de Padilla, y dice así:

Muestra su ingenio el que es pintor curioso  
cuando pinta al desnudo una figura;  
donde la traza, el arte y compostura  
ningún velo la cubre artificioso.

Vos, Seráfico Padre; vos, hermoso  
retrato de Jesús, sois la pintura  
al desnudo pintada, en tal hechura,  
que Dios nos muestra ser pintor famoso.

Las sombras de ser mártir, descubristes:  
las lejos en que estáis allá en el Cielo  
en soberana silla colocado.

Los colores, las llagas que tuvistes  
tanto las suben, que se admira el suelo  
y el pintor en la obra se ha pagado <sup>57</sup>.

Por los mismos años, plagados de libros de caballerías, como se sabe, apareció cierta curiosa extravagancia literaria e iconográfica: es un libro que salió de las prensas de Bilbao en 1587, lo escribió Fr. Gabriel de Mata, a quien las Musas fueron esquivas; se titula *El Caballero Asisio*, y es una vida de San Francisco, en octava rima, que empieza:

Las armas canto, que a un varón sagrado  
hicieron invencible en este suelo...

mas, como advierte Menéndez Pelayo, «lo caballeresco no pasa del título y del extravagante frontispicio que representa al Santo a caballo y armado de todas armas, ostentando: en la cimera, la cruz con los clavos y la corona de espinas; en el escudo, las cinco llagas, y en el pendón de la lanza, una imagen de la fe con la cruz y el cáliz» <sup>58</sup>. Por fortuna, tal delirio paró aquí.

Otro poema heroico sobre San Francisco publicó en aquellos años D. Lope Salinas; consta de cinco cantos de cansada lectura, pues el estilo es desmayado y pedestre hasta cuando quiere dárseles de pulido:

como a secretos secretarios deja  
los altos montes llenos de gemidos <sup>59</sup>.

Por malas vías marchaban artes y letras en España a fines del tercer cuarto del siglo XVI; no se suele advertir este general decaimiento, por fortuna muy poco duradero. Fueron años de desorientación; pero pronto se emprendió segura ruta.

En la sillería de la Seo de Tortosa, el San Francisco está representado con la cruz en la mano izquierda y como de camino: es figura corpulenta, de poblada y larga barba, hábito de abundantes pliegues, y a los pies, en el suelo, la calavera. Trabajaba allí, «con gran estilo», Cristóbal de Salamanca, en los años de 1588-93 <sup>60</sup>.

Fruto degenerado de gloriosos precedentes como Berruguete y Juni, Esteban Jordán, tallista fecundo y diestro, pero sin genialidad, esculpió varias efigies del Santo de Asís; quizá la más importante es la pareja de Santo Domingo en el retablo de la Victoria—antes San Ildefonso—de Valladolid, que se hacía por los años de 1594. También aparece San Francisco en el banco del retablo de la Anunciación en Sancti Spiritus, de la misma ciudad, labrado entre 1582 y 1584 <sup>61</sup>.

No es de Jordán, pero él fué quien aprobó los diseños, la sillería del coro de la catedral de Orense, que tallaron, entre 1587 y 1590, el leonés Diego de Solís y Juan de Ánges. El San Francisco es un relieve amanerado y frío <sup>62</sup>.

La escultura española, hacia 1580, se debatía impotente: las grandes personalidades habían muerto, y su herencia estaba en manos de amanerados que, por receta de origen miguelangelesco, conmovían las imágenes innumerables de sepulcros y retablos. Dos caminos quedaban: el clasicismo depurador y el realismo. Los dos hubieron de emprenderse, cada cual a su tiempo.

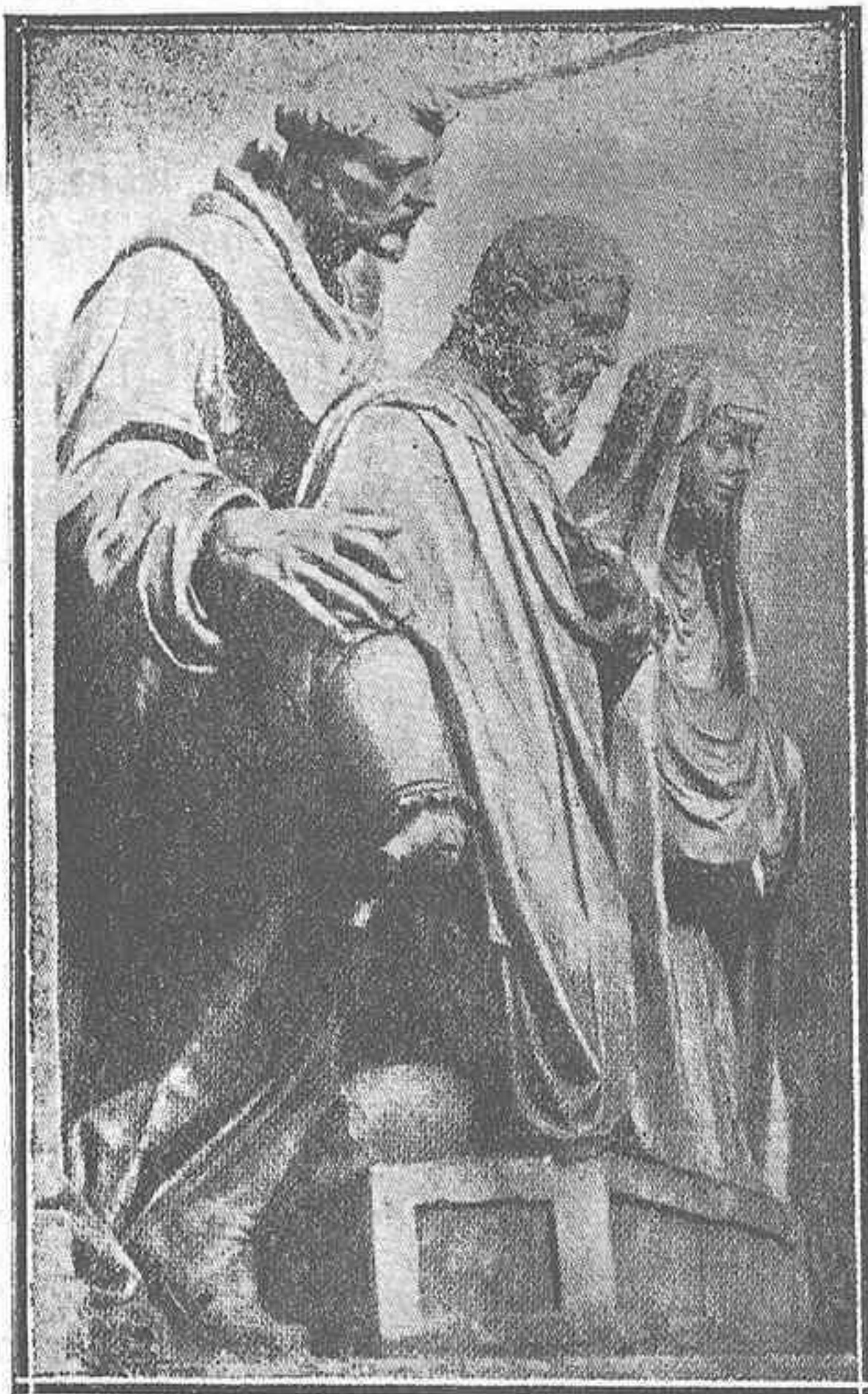
La figura representativa de la tendencia clásica es Pompeo Leoni. De él y de Millán Vimercado guarda el Museo de Valladolid seis Santos franciscanos, que fueron del retablo mayor de San Diego. Pero el San Francisco que mejor puede representar el sentido clasicista es el descubierto por Orueta en Mohernando. El Santo apoya su diestra en el



hombro del secretario de Carlos V, D. Francisco Eraso, que, muerto en 1570, está allí enterrado con su mujer. El Secretario, como suspenso por una visión interior, es soberbia escultura. El Santo, de bellísimas líneas—quizá algo frías—, muestra su afecto al caballero de modo tan sencillo y espiritual, que pocas veces se da en el arte español nada tan apacible y suave. Orueta se inclina, y en mi opinión, no se puede objetar nada contra su idea a atribuirlo a Monegro <sup>65</sup>.

Por los mismos años en que se labraba este sepulcro, llega el *Greco* a Toledo en busca de sus pinceles, como pensaba Fray Hortensio. Ningún tema estudió ni repitió tanto como el de San Francisco: el Maestro Cossio registró más de cincuenta en un catálogo de obras que no llega al cuarto centenar y hoy habría que añadir bastantes más.

Dió Pacheco la palma al Cretense en representar a San Francisco, «porque se conformó me-



Sepulcro del Secretario Francisco de Eraso (+ 1570),  
Mohernando (Guadalajara).  
Juan Bautista Monegro.

yor con lo que dice la Historia» <sup>64</sup>, y dándsela los modernos, no por esta razón erudita, sino porque nunca tradujeron humanos medios más fielmente el alma encendida en amor divino del *Poverello*. La serie de los San Franciscos del *Greco*—desde el violento contemplativo de la colección Zuloaga, hasta el San Francisco-Hamlet meditando sobre la calavera—, es tan rica en matices expresivos que con escasas variantes formales y fijó el tipo después de pintar el fraile del Entierro del Conde de Orgaz, recorre la gama entera del místico transporte <sup>65</sup>.

¿Influencia de estas representaciones en la escultura? Confieso que no he logrado percibirla, y no se deduzca de aquí la incomprensión del *Greco* en su tiempo, punto tantas veces suscitado. Entendiérasele o no, es indudable que gustaba; difundieron sus lienzos por toda Castilla, adquiridos por iglesias rurales y conventos de monjas—¿se quiere algo más popular?—; el tema preferido por estos humildes propietarios fué, era fácil preverlo: San Francisco de Asís. Pero el motivo de que a pesar de ello la escultura no recogiese directamente el tipo, o mejor alguno de los tipos del Santo de Asís creados por el *Greco*, ha de verse en la circunstancia de que entonces la reacción realista en Castilla y en Andalucía interpretaba al Santo de manera muy distinta, muy distante y más adecuada a la devoción vulgar, que en la imaginería buscaba sobre todo palpable y usadera realidad.

## SIGLO XVII

El siglo XVII se abre con la reacción realista. El manierismo había inundado de tallas sin alma las iglesias de media España. El clasicismo, después de haber tenido cultivadores como los Vergaras, Domingo Beltrán y Monegro, agonizaba en las frías esculturas de un Giraldo de Merlo <sup>66</sup>. Sólo quedaba un camino cierto: volver al natural.

Gregorio Fernández, un gallego formado en Castilla y naturalizado en Valladolid, renueva la escultura, al mismo tiempo que Montañés ejerce análogo papel en Andalucía.

No hay que esperar entre sus obras, ni entre las de sus discípulos inmediatos, el hallazgo de interpretaciones de San Francisco que plazcan al gusto moderno. Casan mal los conceptos realistas con el Santo de Asís, todo idealidad.

Gregorio Fernández esculpió a San Francisco en un pedestal del segundo cuerpo de su gran obra: el retablo de la catedral de Plasencia, que se trabajaba en 1629; y se le atribuye, desde Jovellanos, el que figura emparejado con el titular en la fachada del convento de San Antonio de Victoria; es de piedra y no parece de su mano, aunque sí de su estilo.

Castellano también, y para Orueta, obra de Gregorio Fernández, es un San Francisco del Museo de Valladolid <sup>67</sup>. La vulgaridad del modelo elegido, que una emoción religiosa, traducida en mueca, no consigue aminorar; la dureza y amplitud de los paños, el mismo convencionalismo de las manos semiocultas, denuncian pobre inspiración en el artista. En lucha con la verdad palpable, perdió la trascendente, y trocó al Serafín de Umbría en un fraile sin sentimiento ni exquisitez <sup>68</sup>.

Si de Castilla vamos a Andalucía, el San Francisco de Montañés, en Santa Clara, de Sevilla, no logra subyugarnos tampoco; es más noble la testa



que en el de Valladolid, la expresión más sentida; hay ternura en la mirada y es blanda la mano que empuña el Cristo; pero la excesiva corpulencia no se aviene con la tradición ni con las preferencias actuales<sup>69</sup>.

Más donde Montañés, en la interpretación de San Francisco, se muestra digno de su fama, es



Retablo de la Iglesia del Convento de Santa Clara,  
en Sevilla:  
Juan Martínez Montañés.

en el relieve de los estigmas, en el ático del mismo altar. Dispuesta la escena de manera semejante a como la ideó Berruguete, dista, sin embargo, del retablo de Cáceres por el sentimiento. La fuerza ideal, el vigor del aliento místico hubieron de trocarse en serena aceptación del celestial prodigio. Es excelente el modelado y sobria la composición, cerrada *more classica*. Está estofado y el hábito con flores.

Extrañará que no se haya hablado de ningún retablo dedicado por entero a San Francisco, ni tampoco de representaciones de muchos pasajes de su vida. Sin que abunden, algunos hay de pincel y otros de pintura y escultura—cual el ya referido de Santa Isabel, de Valladolid—; pero para encontrar uno todo de talla hay que llegar a los primeros años del siglo XVII. En la escasez habrá tenido parte no pequeña la destrucción de innumerables conventos franciscanos en las guerras y revueltas del siglo XIX y cuando la desamortización, medida que allá políticos y economistas defiendan y justifiquen; pero que los amigos de las artes viejas tenemos que maldecir.

El retablo a que se alude es el de San Francisco, de Zolosa. Dibujó la traza el franciscano Fray Miguel de Aramburu; contrató la labra Ambrosio de Bengoechea, el 8 de diciembre 1604, y había de terminarse para fines de 1609. Consta de tres cuerpos y uno de ático. En la calle central: San Francisco recibiendo las sagradas impresiones, la Virgen y el Calvario; a uno y otro lado, Santos y Santas en nichos, y en los extremos, calles con tres relieves. En la izquierda, San Francisco orando ante un altar del Crucifijo; presentando al Papa la Regla; y de rodillas ante Jesús rodeado de ángeles. En la derecha: cuando devuelve las ropas a su padre ante el Obispo de Asís; la penitencia en las zarzas, desnudo; y su tránsito. El escultor no carecía de verbo narrativo. El San Francisco, rasurado y juvenil, dista mucho del tipo que por entonces se aceptaba en toda España<sup>70</sup>.

El retablo de Tolosa da ocasión para deplorar que no hayan llegado a nosotros más tallas de pasajes de la vida del Santo de Asís, cuadros de tanta fuerza plástica. La escultura española, que supo encontrar aspectos inéditos en la interpretación de temas evangélicos bíblicos, mil veces repetidos, fué poco propicia—a diferencia de la pintura—a la narración de leyendas de Santos.

En marzo de 1621 se contrató la sillería de la catedral de Lugo por Francisco Moure, escultor más nombrado que excelente; correspondió a San Francisco la silla XVI, y la representación es curiosísima en más de un respecto<sup>71</sup>. Está el Santo en el momento de la visión del Serafín, medio de espaldas, la cabeza de perfil; los quebrados pliegues del hábito acusan la conmoción interior que el rostro pugna, en vano, por expresar. En la parte alta; a la derecha, el diablo, con cuernos y alas, retuerce, desesperado, las manos de largas uñas.



Retablo de la Iglesia del Convento de Santa Clara,  
en Sevilla.  
Juan Martínez Montañés.



Debajo, dos angelitos conversan alegremente, y en tierra, presa de espanto, Fray León. Es el tablero de mayor relieve de la sillería, y si falta en él, como en todos, gusto depurado y maestría, sóbrale vigor y carácter para tenerle por obra singular. La desesperación del diablo está en relación con un tema franciscano que pasó a la literatura: la silla que en el cielo perdió Luzbel la ocupó San Francisco; está en Cervantes, en varios escritores devotos y en una comedia de Lope.

Durante este siglo, la figura de San Francisco se asomó algunas veces a la escena — ya en el anterior un *Auto* lleva su nombre <sup>72</sup>.

Como es natural, en el teatro de Lope de Vega—selva donde creció toda especie representa-

ble—se encuentra una comedia sobre el Santo de Asís; titúlase *El Serafín humano*, y se escribió entre 1618 y 1626. Es una sucesión de cuadros inconexos y de valor tan desigual, que al lado de trozos líricos de los más bellos del Fénix de los ingenios, hay relaciones pedestres y tiradas de versos pedantes. Son escenas de fuerza dramática y vuelo poético extraordinario: el encuentro del loco con San Francisco de galán; la tentación diabólica, cuando el Santo modela en nieve una mujer; el monólogo del crucifijo, y otras. Promete Lope una segunda parte, que se cree será la hoy perdida que catalogó Huerta con el título de *La gloria de San Francisco* <sup>73</sup>.

FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTON

(Continuará)

## NOTAS

38. Hay fot. Laurent, y el San Francisco fué publicado, según agua fuerte de Nicomedes Mendivil, en *El Arte en España*, I, 1862, entre las páginas 294-5.

39. M. Cagigal, *Capilla de Sta. Ana en Cervera del Río Pisuegra*, Bol., 1924, p. 40.

40. El marqués de Santillana tiene un soneto a Santa Clara: «del seraphico sol muy dina hermana».

41. *Cancionero del siglo XV*, por Foulché Delbosc. «Nueva Bib. AA. EE.»

42. *Cancionero de diversas obras*. (Toledo 1508).

43. M. Gómez Moreno, *Sobre el Renacimiento en Castilla*. «Archivo Español de Arte y Arqueología», I, 1925.

44. L. Tramoyeres, *El pintor Nicolás Falco*, «Archivo de Arte Valenciano», 1918, I y siguientes, publica el documento 13, y la escultura, 15, fig. 12

45. Betolaza y Esparta, *Iglesia San Gil de Burgos*. (Burgos, 1914).

46. Villaamil, *La Catedral de Sigüenza*, p. 306.

47. Orueta, *La escultura funeraria en Castilla*, p. 231-2.

48. Orueta, ob. cit., p. 239.

49. Martínez Sanz, ob. cit., p. 267.

50. A. Floriano, *El retablo de Santiago de los Caballeros de Cáceres y el escultor Berruguete* (Cáceres, 1918); y R. Orueta, *Berruguete y su obra*, 1919, 185-6. Debo a mi docto amigo el franciscano P. Bandín noticia de que en la iglesia de la Orden de Paredes de Nava hay un San Francisco que se cree de Berruguete. No he podido averiguar nada acerca de esta obra.

51. P. Quintero, est. cit.

52. Ejemplar interesante es el San Francisco que figura en el segundo cuerpo del retablo de San Bartolomé, de Jaén, con barba y cogiendo la cruz; la fecha de la obra habrá de fijarse después de 1570, pues es posterior a Gaspar Becerra.

53. Orcajo, *Historia de la Catedral de Burgos*, p. 34.

54. Martí y Monsó, *Estudios*, hist. artis., p. 436.

55. J. Agapito y Revilla, «Castilla artística e histórica», 1918, 256, y 1919, 80.

56. Bib. AA. EE. XXXV, p. 575. La misma idea en Úbeda: romance que acaba:

«Trocóse en Cristo Francisco—Amó y quedóse Ilegado», en el mismo tomo, 121.

57. Biblioteca de AA. EE., I, 709.

58. Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la novela*, I, CCLXXXIX.

59. Bib. Nac. ms. 3.938. Se imprimió en Toledo por Juan Rodríguez (1587), y en Madrid (1604).

60. Quintero, *Sillas de coro*.

61. Agapito y Revilla, *La obra de Esteban Jordán en Valladolid*, «Arte español», Agosto 1915, páginas 356 y siguientes, fig. 4. El retablo de Sancti Spiritus en el est. y rev. cits., I, 1916, páginas 35-7, figura 8.

62. Sánchez Arteaga, *Apuntes histórico-artísticos de la Catedral de Orense* (Orense, 1916).

63. *La escultura funeraria*, 284 y siguientes. Clásico también es el que adorna el ático del retablo de la Epístola en el convento de Santa Isabel de los Reyes de Toledo, posterior a 1572, que es la fecha del altar mayor.

64. Pacheco, *Arte de la Pintura*, ed. Cruzada Villaamil, II, 303. «Antonio Mohedano... fuera el mejor pintor de este asunto que se había conocido en este tiempo; pero dejaremos esta gloria a Dominico Greco, porque se conformó mejor con lo que dice la historia.»

65. Véase el estudio del P. Guinard, *Saint-François dans l'œuvre de Greco en Revue d'histoire franciscaine*, Enero, 1925.

66. En la decoración plateresca, con escudos de D. Juan Rodríguez de Fonseca, + en 1524, del contorno del coro de Palencia, hay un San Francisco del siglo XVII. Porque figura en la entrada de San Esteban de Salamanca, y no citarla pudiera achacarse a olvido, ha de mencionarse el San Francisco, obra también de este siglo, a pesar del doselete plateresco; carece de dotes que la hagan recomendable. En el hospital de Santiago de Úbeda se ve un San Francisco sobre una repisa del crucero, emparejado con un San Roque; medita contemplando una cruz; es talla de escaso valor.

67. Niégalo Agapito Revilla en su *Catálogo del Museo de Valladolid*, número 308, confesando que no acierta con la atribución. No conozco ni por fotografía los números 304 y 428 anónimos del mismo *Catálogo*; el último es de vestir.

68. Según el P. Larrinaga, *La tradición artística en la provincia franciscana de Cantabria*, San Sebastián, 1918, p. 19, era de Gregorio Fernández, y la traza, de Diego de Basco, el retablo de Aránzazu; se conservan fragmentos, entre ellos una cabeza tenida como de San Antonio, a pesar de ser barbada.

69. El tipo de Montañés se repitió durante todo el siglo XVII. Es muy hermoso y más esbelto el de San Clemente de Sevilla, ya de la segunda mitad, estofado.

70. Fr. J. Ruiz de Larrinaga, *La tradición artística de la provincia franciscana de Cantabria*, San Sebastián, 1925, 31-5; dos fotografías, conjunto y relieve de la devolución de las vestiduras. Sólo por la mención de este autor conozco el retablo de Santa Ana de Oñate (ob. cit., 29); al parecer fué todo él de temas franciscanos; la Impresión de las llagas, relieve pagado a Martín Zarataín en 1664, se conserva en el altar actual. Dígase lo mismo del de Mondragón, obra de Jacobo Ayesta y Rafael Larralde, arquitectos vergareses de 1695; en el ático, los estigmas con Fray León arrodillado con un libro abierto, que da la fecha en que se doró, 1771 (ob. cit. 25).

71. I. Portabales, *El coro de la Catedral de Lugo* (Lugo, 1915), 127.

72. Número 39 en el Códice de 94 piezas dramáticas del Teatro antiguo español, Bib. Nacional de Madrid.

73. *Obras de Lope de Vega*, ed. de Menéndez Pelayo, tomo IV, «escrita con notable desaliño y a veces con incongruencias pedantescas.»





CONCHA ESPINA

## EL FRAILE MENOR

Está de moda el Padre Villar. Ha pertenecido al mundo elegante de la Corte y se averigua con gran interés todo lo referente a su apostolado en la congregación de los frailes menores, precisamente aquí, en esta calle de Alcalá, en un retiro alegre y blanco puesto al sol.

Las niñas «bien» se desviven por ser hijas espirituales del padrecito nuevo; y en frecuentes conversaciones se le pondera y alude. O se le critica y censura.

Ahora mismo, al salir de los toros, hablan de él dos jóvenes maduros y cansados.

— ¡Jaime Villar!... ¡Por Dios, si le conozco

mucho! Si era «un sibarita», un mujeriego, un badulaque... guapo, listo, presuntuoso...

—Hombre, sí; me acuerdo perfectamente. Desciende de los Villares de Reinosa, gente aristocrática, rica... ¡Me acuerdo, hombre!...

En realidad, Juanito Gálvez, el heredero de un pingüe título, apenas reúne las palabras y las memorias, y disimula, apenas, la indecisión de sus pasos.

—Estoy un poco...

—Si; te mareas—define Arturo Monroy con sorna—. Vamos a entrar aquí donde «las novicias» y te acuestas un rato. . ¡Si habíamos de venir luego!...



—Es verdad.

—Después del desfile, y de aburrirnos tomando cerveza en «Savoia» y masticando polvo, acabaríamos por deshacer el viaje para vivir unas horas a lo Morand.

—¡Pablito Morand!... Tienes razón... ¡Cuánto polvo hay en Madrid!...

Y apoyado en el hombro de su amigo Gálvez, mira con los ojos turbios el arco rojo del Poniente, bajo el cual una polvorienta nube fatiga a la tarde, que se va cayendo con las hojas del otoño.

La Avenida de la Plaza es un aluvión de gente dominguera y bulliciosa; y los señoritos avanzan con lentitud entre los chistes ordinarios del público y los comentarios de la fiesta nacional; una corrida *súper*, según dicen por allí las voces roncas y extenuadas.

En un grupo de artesanos se levanta más el grito de las discusiones, y su acaloramiento detona en la calle sobre el azul marino de las blusas. Parece que alguien ha sacado una navaja.

Corren allá algunos policías, y el nombre de los diestros que han toreado se repite y se blande furiosamente, sin materiales rasguños, mientras que una penetradora tristeza viene por encima del vaho festivo desde la carne morada del anochecer.

Se padece todo el cansancio del día que cabecea; una antigua pesadumbre que no se sabe dónde ha nacido. Muchas pupilas, íntimamente fascinadas, buscan en el cielo el hogar remoto de los astros.

—¡Al fin!—exclama impaciente Monroy ganando la orilla derecha de los edificios.

Y entra con Gálvez en un cabaret muy exótico, decorado por telas de Batik y grandes estampas con reproducciones de Chagall.

La puerta había girado sordamente en un silencio clandestino, sin que sus cristales, de colores opacos, dejasen traslucir nada del interior, que se ensancha y seduce en una constante sorpresa, hasta para los mismos parroquianos.

El mostrador altísimo, los empinados taburetes, la sala pulcra, los sofás, marginales y hondos, están desiertos. La gente que pasa y alborota por la Avenida, no es público de este «American-Bar», nuevo en el barrio, con misterioso cariz de mancebía elegante y cara: nadie ignora cómo hay detrás de estos tapices de Sarong unas habitaciones que sólo para los burgueses de rumbo exhalan su perfume calenturiento de adelfas; y arriba un piso con gabinetes y camarines arcanos.

Hay que ser rico y vicioso, con todas las perversidades malignas, para frecuentar este moderno cabaret. Sus mantenedoras tienen fama de cosmopolitas; se visten espléndidamente, se alhajan como princesas, fuman enervantes cigarrillos, bailan «el último tango» y beben «el último licor». Una se llama

Vera, afirma que es rusa y habla el castellano con acento catalán; otra, de nombre francés, jura en vascuence cuando se incomoda; hay una madrileña que se dice gitana del propio Albaicín.

De este modo el aspecto de castas y matices dan un raro prestigio a la singular ramería donde tienen el orgullo de amanecer muchos depravados ilustres. Y los más asiduos han puesto el mote, blando y cariñoso, de «novicias», a las meretrices recién instaladas en este desusado pie de lujo y modernidad.

—¿Subimos?—pregunta Monroy.

Pero ya su compañero se ha dejado caer en un diván y responde:

—No habrá nadie arriba... A esta hora... ¡Tengo sed!

Está borracho. En la plaza ha bebido aguardiente encima del abundante coñac de la sobremesa, y su alcoholismo agudo le postra en un agotamiento y una exacerbación terribles.

Hijo tardo que ha consumido la fecundidad de su padre, es débil por naturaleza y por educación, y vive sin voluntad ni disciplina, dejando que le administre los cuantiosos billetes el menos aprensivo de sus camaradas: Monroy, por ejemplo, que se constituye a menudo en guía y sostén del pobre millonario. Y que en este instante le mira con tedio mientras pide una limonada.

—Es lo que te conviene—dice de mal humor, pensando: ¡Me voy a divertir con este imbécil, que está hecho una momia!

Un *chef*, vestido con americana blanquísima, sirve, en tanto que una joven pintada y esbelta sale por detrás del mostrador, sonrío, saluda y averigua:

—Y usted, ¿qué toma?

—Un vaso de *Porter*.

Gira otra vez la mampara de colores, y en el vano producido se cierne todavía un polvo dorado y gris.

Algo de aquella nube trae el que entra, calor y luz del día, atenuados: aire de marchita juventud, angustiosa como el crepúsculo.

—¿Estáis solos?—pregunta.

—Ya lo ves... Con Margot,

—¡Conmigo!—ensalza la camarera insinuante, entornando los ojos a la sombra fabricada por *Rimmel*.

El recién llegado, Luis Jordán, le vuelve la espalda, cimbreo el talle, estira el cuello escotadísimo de la camisa, y susurra, con voz de tiple:

—¡Bah, mujeres!.. Me aburren.

A Margot, que es bondadosa, se le oye decir «en chulo»:

—¡Vaya con el pollo pera!... ¿Qué quedará? Y se acerca a Gálvez muy solícita.

—¿Está usted enfermo?

—Mareadito, pichona.

—¡Ah..., ya!... ¿Quiere acostarse?



—No me vendría mal.

—Sí; llévale alla dentro, que duerma un rato, a ver si se espabila. Y tú, ¿qué bebes monín?—ofrece Monroy al sietemesino, que se abrocha en la cintura un botón de la ceñida chaqueta.

—¿Yo? *Pfefferminze*.

—¡Pues venga de ahí!...

Gálvez se ha marchado con la ayuda caritativa de Margot, que no tarda mucho en volver, diciendo:

—Don Juan está roncando.

—¡Qué pelma de hombre!... No se puede contar con él para nada—rezonga el amigo administrador, bebiendo y convidando a costa del ausente.

Entra un nuevo personaje: un mocetón robusto y curioso, bien trajeado, con mucha gana de divertirse.

—¿Qué hacéis?

—Aburrirnos.

Ya la puerta de la calle no transflora ninguna claridad, y este parroquiano sonriente diríase que trae un poco de luna en la cara llena y en el pelo rubio.

La Avenida ha enmudecido; el «Americán-Bar» se siente muy solo y forastero en el barrio apacible, entre casas modestas y silenciosas.

De pronto, sobre el sigilo de los alrededores, llega la voz de una campana que tañe, ligera como una lira. Arturo Monroy asocia con este llamamiento una conversación rota hace breves minutos, y pregunta al último cliente:

A propósito, Losada; tú te acordarás de Jaime Villar, reinosano,

—¿El fraile?

—El mismo.

—¡Qué ha de hacer! Ya lo creo; éramos inseparables... en la primera juventud.

—¡Que todavía colea!

—Por mi parte... ¡amén!

—Pues esa campana... ¿oyes?

—Sí.

—Es del convento de Villar.

—¿Qué me dices?... ¡Mira que Jaime en un convento, con hábito y corona!

—¡Y más guapo!—aduce Margot, que atiende con el mayor afán.

—¿Le conoces?

—¡Si es mi padrecito! Me confieso con él.

—¿Tú?

—¿Por qué no?... ¿Ustedes se figuran que yo soy hereje?

Todos ríen, hasta el *chef*, que sirve a Losada una copa de *Kirsch*.

Pero la camarera, muy engreída y firme, asegura:

—El padre Villar es un santo.

—¡Con buena prole!—critica Monroy aludiendo a la moza—. ¡Si todos los frutos de su paternidad son así!

Y se le queda mirando con sumo desdén.

—Porque «una» sea mala, y estúpida, y cobarde—responde ella vergonzosa—, no quita para que se confiese y tenga esperanzas, y crea en Dios.

—¿Y en el padrecito guapo?

—También....

El «vividor» está dolido de tantas ponderaciones, del auge del antiguo compañero que en una nueva celebridad se sostiene alto como un ídolo, invencible en el culto de las mujeres cuando ya el envidioso caduca, mísero y gastado, sin notoriedades y sin ilusiones.

Pierde la mirada, inútil, en cuanto le rodea, mientras Margot se retira con aturrido mohín y la campana del convento sigue tocando.

Hay una fría desolación en el cabaret, aunque tienen los licores un tembloroso júbilo en las copas.

Más tarde la marimba dará su concierto habitual, y el repique áspero del güiro pondrá sonos estridentes en la licencia del salón, cuando esté cerrada la mampara de cristales y entornado el portalito de la esquina en un *Abierto de noche* muy Paul Morand, el autor por quien ahora deliran los calaveras intelectuales de Madrid.

\*\*\*

Entran, vestidas de señoritas, otras dos camareras que hoy estaban de holgorio, y las acompañan dos aparentes caballeros.

Para un auto delante del portal, y arriba suenan los agudos tacones de las mujeres, que viven entre adobos y perfumes como las hetairas de Roma.

Se hacen junto al mostrador consumaciones caras, y Margot vuelve allí para dolerse:

—Acaso don Juan esté malito de veras.

De pronto Monroy se aproxima a la joven acentuando su expresión osada y taciturna:

—¿Quieres ver aquí a tu padre Villar, el santo?

¿Aquí?

—Sí; esta noche, ahora.

—¿Vestido de fraile?

—Con todo el equipo: tal como le admiras cuando te echa la absolución.

—¡No puede ser!

—¿Qué apuestas?

—¡Imposible!

—Pues vendrá. Serviremos de testigos para que se pruebe su hipocresía, y desde esta noche podremos decir que es un parroquiano más del cabaret.

Tiene la muchacha el semblante lleno de estupefacción. En la sierpe diamantina de los ojos, su mirar, claro y húmedo, se aturde; y hay tan delicado hechizo en aquel espanto, que el conspirador la desconoce, desde el oro artificial de la cabellera hasta la gota de rosado barniz que agita en la punta de los dedos. Está vestida con exquisito gusto, y los pródi-



gos tocadores de la casa no le celan ningún secreto: el blanco de Cerusa para la frente, el punzó del rubí para los labios, el *Fard Indien* para las ojeras, el extracto de rosas para las mejillas...

—¡Me parece que la veo por primera vez! — se dice Monroy, seducido, a pesar suyo.

Y se junta a los demás clientes, que se han aumentado con un torero de postín, un célebre actor y un hombre de negocios. Hablan, discuten riendo, y algo aprueban que les hace muy felices.

Han llegado los músicos, y unos aires tapatíos inundan la sala, que aún está lejos de alcanzar su animación más escandalosa.

\* \* \*

... Este hombre sí que trae consigo el resplandor de una lumbre lejana, algo que parece caer desde la ceniza luminosa de las estrellas. Y en el ropaje oscuro, el escalofrío de la noche.

—¿Dónde está el enfermo?—pregunta cuando le hacen entrar vistosamente en el metreticio.

Se oye una salva de aplausos. Ha callado la marimba, y el fraile, bizarro, descubierto, queda en medio del salón, mientras sus pupilas, anchas y tempestuosas, lo recorren todo, sin comprender la burla del aviso que le ha sacado de la celda.

El concurso ríe; se esconden los amigos traidores del religioso, y Margot avanza, asustadiza y generosa.

—Por aquí, padre; venga usted.

Le toma una punta del hábito y le conduce adentro

—Por aquí

Y añade en voz chita:

—Yo le haré salir sin que nadie le vea.

Pero Monroy le quiere detener.

—¡Que confiese al moribundo!—grita desde su escondite, con risa íntima y burlona.

Una ramera elegantísima empuja al fraile y le envuelve en el ánimo caluroso de sus perfumes.

—Se nos ha puesto malo un caballero, ¿sabe?

Es la rusa. El confesor la sigue a un gabinete encortinado y misterioso donde Vera misma ignora que hubiese un hombre dormido.

Retrocede, asombrada de que se realice una mentira que entre todos urden para comprometer al sacerdote.

Y él abre la única ventana, por la cual entran la sombra y el rocío a estremecer las colgaduras y la luz, el humo tenue de un pebetero el aire venenoso del camarín.

Luego se inclina hacia el borracho, que ya no ronca y duerme de cara a la pared, tendido en un amplio sofá; le da vuelta, le pulsa, le mira con atención en los siniestros hoyos de los párpados.

—Me habéis llamado tarde—pronuncia irguiéndose—. ¡Este hombre está muerto!

Y hace la señal de la cruz sobre el corazón para siempre callado.

La frase, brusca y breve, corre por la casa de placer con pálido terror.

El fraile, magnífico y pavoroso, lleva en los labios aquellas palabras amarillas:—¡Está muerto!—cuando cruza el cabaret para salir vistosamente como ha entrado.

Nadie le interrumpe. Ni un gesto de vigor levanta allí los derrumbados espíritus. En todas las miradas está la luz artificial quieta, como una fruta mortecina

El puñal de una hora clava su toque en el silencio terrible, en tanto que las penitentes sandalias pisan, mudas, los umbrales del prositíbulo.

Y el fraile menor se pierde bajo la rubia melancolía de los luceros.

CONCHA ESPINA.





# EN ELOGIO DE NUESTRA SEÑORA DEL RITMO

¡Dios te salve, Ana Pavlowa! ¡Llena eres de gracia, la Belleza es contigo! ¡Bendita seas entre todas las mujeres!

¡Dios te salve!... Porque te has desprendido de la fúlgida diadema que coronara la frente de la Santa Rusia, como una gema maravillosa y te has venido a prender en el cerúleo estuche de nuestro cielo.

Los dilectos se pasman con tu aparición. Los burgueses aún no columbran tu rosetón de fulgorés; están ciegos y no ven, pero tú, semejante al mago de la leyenda, untarás en sus ojos el unguento de hechicería que abrirá sus pupilas al Arte, cuyo cetro empuña tu mano prócer y delicada como una vara de nardos.

¡Dios te salve!... Porque tu cuerpo es vaso de elección en que el Genio de todos los tiempos vuelca sus filtros de ensueño y sus elixires de poesía. En tí se plasma le eurtimia de las ninfas que poblaban los bosques de laurel de la Grecia primitiva.

Tus hombros están modelados para soportar sólo el leve contacto de las gasas sedañas. En su gálibo se posarían las palomas venudinas con sus extremidades de coral, con la misma complacencia que en los de Aniadomena.

Tus brazos, que surgen como esbeltos tallos de lirio del cándido mar de tus muselinas y tus encajerías, apenas podrían sostener la odorante carga de una guirnalda de rosas de Corinto.

¡Dios te salve!... Porque te desvaneces en los claros de luna, llevada por las alas de los céfiros, mecida por los brazos invisibles de los silfos, envuelta en el aroma de los pensiles, bañada en el oljófara de la aurora.

Eres la «wilis» que danza en las selvas del Septentrión. Cuando tus plantas se posan sobre las hojas secas, se diría que caminas sobre un tapiz hecho de alas de áureas mariposas. Las driadas se desprenden del cuerpo rugoso de los troncos y te contemplan con ojos de asombro bajo sus cabelleras de clemátides. El viento se duerme entre las ramas para no levantar la orla de tu clámide inconsútil; las bestias acallan su himplar para que tu cuerpo no pierda su ritmo y Selene teje para tus dedos sus flexibles velos de plata. Te desvaneces con el alba ojerosa y se diría que te ocultas en el alcázar luminoso de la última estrella que desaparece.

¡Dios te salve!... Porque surges del País de las Hadas, bajo la sonrisa amable del buen Carlos Perrault. De tu tálamo de púrpura y de brocado, te levantas al beso del Amor, mientras Blanca de Nieve yace en su féretro de cristal como una camelia dentro de una estufa y Cendrillon pasa en su rauda carroza

a la vera de tu palacio que vigila el Sueño con el índice sobre los labios exangües. Duermes y abanicas las violas marchitas de tus párpadoslashadas-madrinas con su aliento que trasciende a aromas celestes. Tu seno se levanta como el de un pájaro asustado.

Y cuando rompes los lazos del hechizo que te atan a tu secular somnolencia, sesteas entre las ninfas como una hermana menor. Se piensa en un rayo de luna que tiembla en una gruta donde lagrimean las astalactitas. Y te ofreces al amado divino, según el decir del poeta, como un diáfano velo que flota.

Entonces, el ruseñor suspende el hilo de diamantes de su trino y el manantial anuda sus trenzas hialinas para no salpicar tus escarpines lucientes, y tú cruzas, todavía en la hipnosis sobrenatural, rozando apenas la arena húmeda de las umbrías, cual si la mano invisible de un ángel te condujera hacia el país azul de la quimera.

¡Dios te salve!... Porque en el carmesí de tus labios, has untado el jugo de los pámpanos cordiales cuyos glóbulos ustorios acarician tus orejas rosadas y se confunden con su oscura felpa a los rizos enlutados de tus crenchas flotantes.

Porque debiste vivir, en otra vida ya remota, en las praderas donde pastó el toro raptor de Europa y porque, de seguro, cayó en los piélagos de tus ojos un polvillo rútilo de aquel que arrojara un día a la dulce Dánae. Por eso en tus pupilas quedó para siempre ese cabrilleo dorado, semejante al del atardecer en las ondas que palpitaron al acento de Orfeo y a la voz del «de los pies ligeros».

¡Dios te salve!... Cisne moribundo, Leda amorosa que te rindes al ave de Platón, de Musset y de Rubén Darío, con la conciencia de que procrearás a la melliza de Cástor y Pólux, a la más bella de las bellas. Eres carne viva de la estupenda escultura de Canova y el mismo Zeus de las cejas azules, viéndote, renovaría el mito y te inmortalizaría en los clavos ígneos de las constelaciones.

¡Dios te salve!, mujer-cisne, gemela de las que el divino Theo viera cantar en el Rhin, con el cuerpo hecho «de médulas de caña miel»; «reina de las actitudes»; destructora de las leyes de Newton; libélula del jardín de las Hespérides; muñeca de porcelana escapada del cuento de Anatole France; marquesita a quien inmovilizó un artífice del Rey Sol en un gobelino; corporizado dolor que danza; espiga de plata que orea el soplo del Pesar, Dios te salve, por los siglos de los siglos...

Amén.

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ





EMILIA BERNAL

*En el actual florecimiento de la Lirica femenina americana, Emilia Bernal ocupa un alto puesto. Tanto hay que admirar en esta insigne escritora cubana el elevado arte poético como su polifacética personalidad artística, firmemente acusada, además, en la novela, en la crítica y en la conferencia. Recientemente ha publicado sus dos últimos libros de versos: **Vida** y **Los nuevos motivos**, acreciendo así la lista de sus producciones, en la que ya se contaban **Alma errante**, y **Como los pájaros** (poesías), y **Layka Froyka** (prosa autobiográfica). Prepara otros cuatro o cinco libros. Y en la actualidad encuéntrase por una larga temporada embebiendo, en Madrid, nuestro ambiente artístico, y recorriendo los bellos rincones peninsulares donde alienta el secular espíritu de la raza.*

## CANCIÓN DE CUNA

Si, a veces, el brazo enarcado levántame el hombro  
y él en la cabeza dejas reposar,  
mis labios rozan tus cabellos  
con una fruición, casi maternal.  
¡Mi niño! tu cuna es mi alma  
que se ahueca debajo de ti  
y  
es encima un tejido de encajes.  
y  
toda te cuido, con tanto cuidar  
que no muevo siquiera los párpados,  
porque temo que hasta el ruido del pensamiento de un beso  
te podría despertar.....



# EL INDIFERENTE

(ANTOINE WATTEAU)

Señor Indiferente, figura del Trianón  
que salió bailarín de Watteau en el pincel,  
eres, antes que nadie, el Vizconde Urgel,  
frío malabarista de Diana de Aragón.

La aristocracia única de tu frivolidad  
pone en la *nonchalance* de tu esbelta actitud  
la gracia de la línea como sola virtud  
y el llevar bien la capa como toda ansiedad.

Sólo estás bien en las galerías del Louvre  
donde la luz propicia tu elegancia descubre  
entre cuatro molduras de oro, para que  
cuando las damiselas sonrían al mirarte  
los brazos les extiendas en una *pose* de arte  
y un ritmo de gavota les marques con el pie.

## OLAS DEL MAR ATLÁNTICO

—Olas del Mar Atlántico,  
¿por qué sois tan negras?

—Porque es el invierno.....

—Olas del Mar Atlántico,  
yo os soñaba siempre  
azules y blancas.

—En primavera.....

—Olas del Mar Atlántico,  
divinas orejas  
donde Eolo sopla  
sus secretos,  
decidme, qué dice la tierra.....  
La tierra que se quedó tan lejos.....  
—La tierra te dice  
que vuelvas..... ¡Que vuelvas!

—Olas del Mar Atlántico.....  
¡Tan negras! ¡Tan negras!  
¿Por qué hacéis temblar este barco  
con tanta fiereza?  
¡Este pobre barco  
que nada os ha hecho!  
—Porque tú vas dentro  
el barco es que tiembla!  
Porque le has transfundido



tu miedo... tu miedo...  
tu miedo al camino...  
Tu miedo a los astros...  
Tu miedo a la vida...  
Tu miedo a los hombres...  
Tu miedo... que es inmenso...  
No tiembles...  
y el barco marchará sereno...  
¡No tiembles! ¡No tiembles!  
—¡Olas del Mar Atlántico!  
¡Olas de tu pensamiento!  
¡Tan negras! ¡Tan negras!

## LAMENTO

¡Madre, cuando me toque  
estrujar el espíritu  
en tu alma aflijida,  
ten piedad de mi noche,  
y del profundo abismo de mi cuerpo,  
y del temblor de todos mis dolores,  
y ampárame en la túnica del olvido  
para salvarme de la noche negra!  
¡Madre, madre en la vida!  
¡Madre, cuando me toque  
el tu reino!

## LA NOCHE

Dicen que el viento la ha trastornado;  
que le ha soltado  
la cabellera;  
que la ha dormido  
sobre la roca de una ribera,  
allá, en lo alto, yo no sé dónde; que le ha esparcido  
la cabellera  
que cae en torrente sobre los mares, en donde moja  
la cauda bruna... Hasta que el día suba a la roca de la ribera  
y la despierte, y hebra por hebra se la recoja...

## FLAUTA DE CRISTAL

El mundo es una piedra de sacrificio  
y yo soy un cordero pascual.  
A la piedra de sacrificio me entrego  
temblorosa de ideal.  
Me siento tocada de Dios  
desde que afinó tu oído mi flauta de cristal.

EMILIA BERNAL.



# LA LIBERACION DE CHINA

Es lamentable la poca importancia que da la opinión a los acontecimientos políticos del Extremo Oriente, en la cuenca del Pacífico, y, principalmente, en China.

Una de las consecuencias de la guerra de 1914 es que terminó, definitivamente, con la supremacía del imperialismo europeo. A excepción de Inglaterra, que ha podido conservar su insuperable organización bancaria, y de Rusia, que se organiza sobre las bases del socialismo, los demás Estados europeos, arruinados, han contraído empréstitos exteriores que les colocan bajo la dependencia absoluta de la banca americana. De Estados soberanos, se han convertido en Estados vasallos.

Simplificando mucho, puede afirmarse que las actuales contradicciones imperialistas se reducen a la oposición de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón. Pero, por primera vez, los Estados imperialistas o los grupos de Estados sometidos a un imperialismo, tienen enfrente a un Estado proletario poderoso: la U. R. S. S., que por su posición geográfica se halla instalado entre ambos continentes donde se preparan los conflictos más graves. Si a causa de desplazamiento de las fuerzas imperialistas, los problemas y conflictos intercapitalistas europeos tienen un interés secundario, los de la cuenca del Pacífico, por el contrario, son de inmediata y considerable importancia: *China es el punto de intersección de los problemas esenciales de política internacional.*

Es difícil, para quien no estudie desde un punto de vista marxista la evolución histórica de China en los últimos años, comprender en su totalidad la situación política de este país. El análisis riguroso de los acontecimientos de un medio social tan diferente al nuestro tiene que hacerse económicamente. Esta situación, estos sucesos, parecen tanto más complejos cuanto que de una parte la lucha de clases, específicamente revolucionaria, se yustapone a la lucha por la emancipación nacional —en la que participan todas las clases—, ambas dirigidas por el partido comunista chino y el viejo Kouo Min-Tang (Kouo, nación; Min, pueblo; Tang, partido). Por otra parte, los imperialismos intervienen en los asuntos interiores de China, sea com-

batiéndose unos a otros por mediación de los toukiums (generales gobernadores), a quienes subvencionan, sea obrando unidos, por mediación de estos mismos toukiums, contra el movimiento nacional o para sofocar las grandes huelgas obreras que ponen en peligro sus posesiones.

## EL REPARTO DE CHINA

### POR LAS «POTENCIAS»

1840-42.—La guerra del opio.—Inglaterra se instala en Hong Kong.—Cinco puertos chinos son abiertos al comercio: Canton, Amoy, Fou-Tcheou, Ning-Po y Shanghai.

1857-60.—Primera expedición a China.—Las tropas anglo-francesas toman y saquean a Pekin.—Las potencias extranjeras se instalan en China y obtienen tratados de comercio.

1884-85.—Guerra de Tonkin.—Francia se instala en Indo-China.

1894-95.—Guerra chino-japonesa.—El Japón se instala en Corea y Formosa.

1897-98.—Rusia se instala en Port-Arthur, Inglaterra en Wei-Hai Wei, Alemania en Kiao-Tcheou, Francia en Kouang-Tcheou Wan.

1899-1901.—Guerra de los Boxers.—Las tropas internacionales saquean a Pekin.—El gobierno central chino se somete definitivamente al control de las potencias que intervienen las aduanas.

1903.—Tratado de alianza anglo-japonés dirigido primero contra los progresos de Rusia en el Pacífico y China, y luego, a partir de 1911, contra Alemania.

1905.—A continuación de la guerra ruso-japonesa, el Japón se instala en Mandchuria.

1915.—El Japón se instala en Chan-Toung.

1921.—Conferencia de Washington.—Ruptura de la alianza anglo-japonesa.—Limitación de los avances del Japón en China.—Establecimiento por los Estados Unidos de la política llamada de la Puerta abierta (igualdad de condiciones para el comercio y la industria de los grandes Estados «interesados» en China).

\* \* \*

China ocupa la treceava parte de la superficie



total de la tierra. Su población actual puede evaluarse en 500 millones de habitantes. Es el depósito más vasto de materias primas y mano de obra del mundo. A pesar del bajo nivel de vida de las masas, China es un mercado susceptible de absorber cantidades enormes de productos manufacturados.

Es de advertir que durante el período que va desde 1840, fecha en que por primera vez el capitalismo europeo por mediación de la Gran Bretaña (guerra del opio) puso las plantas en China, hasta 1905 en que estalló la primera guerra interimperialista del Pacífico, las potencias europeas que tenían en las cuencas del Atlántico y del Mediterráneo las posibilidades de una expansión imperialista en relación con su capacidad de producción, no veían en China sino un mercado suplementario para sus productos.

Por esto la política de las potencias en China antes de 1914 consistió en mantener su integridad territorial reservándose zonas de influencia y puertos, y abrir el país al comercio europeo asegurándose el control de las aduanas. Sólo el Japón se decidió temprano a practicar una política de conquista territorial, por la necesidad que tenía de dar salida a sus materias primas, mano de obra y obtener los mercados que le ofrecía China. En la imposibilidad de hacer la competencia en Europa a los productos europeos, el Japón trató naturalmente de obtener mercados en China. Pero muy débil aún para poder obrar aisladamente, el capitalismo japonés se alió con la Gran Bretaña (1902), que, habiendo llegado en esta época al punto más alto de su evolución imperialista, puso a su disposición sus Bancos con sus capitales. Alemania, que llegó tarde al Pacífico, frente al potente bloque anglo-nipón—sobre todo después de la guerra ruso-japonesa—tuvo que contentarse con un papel de segundo orden. Francia tenía bastante que hacer con la Indo-China. En cuanto a los Estados Unidos, aunque, entreviendo ya la importancia del problema del Pacífico desde su instalación en las Filipinas, tuvieron cuidado de no ligar su política respecto a China con la de las potencias.

Pero después de la guerra de 1914 la situación se ha modificado mucho. Si Alemania y Francia han perdido virtualmente toda influencia en China, si la Gran Bretaña ha visto disminuir su influencia, el Japón de una parte y los Estados Unidos de otra combaten sin tregua por la conquista de mercados y la explotación de las riquezas naturales de China, mientras enfrente de ellas la U. R. S. S. incita a las masas a la resistencia armada contra los imperialismos. Mientras no se comprenda bien la verdad esencial de que es este doble conflicto externo e interno quien determina toda la política china actual no se comprenderán tampoco los acontecimientos que se desarrollen en este país.

## LA INTRODUCCIÓN DEL

### ::: JAPÓN EN CHINA :::

¿Cual es la situación actual de las fuerzas imperialistas en presencia? Para esclarecer este punto esencial hay que recurrir a cifras y estadísticas y hacer un balance, bastante difícil porque el capital extranjero ha recurrido, para penetrar en China, a sociedades mixtas ficticias (anglo-chinas, chino-japonesas) en las que la aportación del capital indígena es nominal.

Estudiando la principal industria china, la textil, se comprueba que el Japón en 1921, según las cifras tomadas del «Boletín de Informaciones económicas de la República china» poseía 4.880 firmas que daban, trabajo a 171.500 obreros, contra 3.250 firmas y 160.000 obreros de los demás países. La misma superioridad en cuanto a la explotación de las minas de hierro y de hulla. En los ferrocarriles 424 líneas, 11.260 km. de recorrido el primer puesto lo ocupa el Japón con un capital ferroviario evaluado en 35 millones y medio de libras esterlinas, contra 15 millones de Inglaterra. También ejerce la superioridad bancaria: el Japón tiene 31 bancos con un capital de más de 60 millones de libras esterlinas; la Gran Bretaña, aunque posee los más sólidos establecimientos de crédito del Pacífico, ocupa en China el segundo lugar.

En lo concerniente a exportaciones, las posiciones son las siguientes (datos del año 1924):

Primero el Japón con 160 millones de dólares; luego los Estados Unidos con 124 millones (por 24 millones en 1914), la Gran Bretaña con 115 millones (por 75 millones en 1914). Francia exporta por valor de millón y medio de dólares.

De estos ligeros datos se deduce que la supremacía del imperialismo japonés en China se extiende en todos los dominios. Así lo comprobaba recientemente con orgullosa satisfacción japonófila económica que se publica en Shanghai «The Eastern Review» en su número de Marzo: «El Japón controla el 60 por ciento de la industria textil China, lo que le hace un concurrente peligroso para Manchester, desde el punto de vista del comercio de Zejidos. Los navíos japoneses (cabotaje y navegación fluvial) han privado a las antiguas firmas británicas de una buena parte de mercancías y viajeros. El capital japonés invertido en China supera hoy probablemente al capital inglés. No está lejano el día en que el comercio y la industria japonesas, y, en general, el capital invertido por el Japón le aseguren la situación preponderante en China. Su preponderancia económica contribuirá a consolidar automáticamente su posición diplomática en todas las Conferencias internacionales que se celebren para deliberar sobre los asuntos de China. Día llegará en que los demás Estados interesados tengan que ceder el primer puesto a la nación que tiene mas intereses en China, etc...»



EL ASUNTO DE CHAN-  
TOUNG Y LA SOLUCIÓN  
— DE WASHINGTON —

Esta penetración del imperialismo japonés en China ha inquietado a sus dos únicos rivales en el Pacífico después de la guerra europea: Gran Bretaña y Estados Unidos.

Hasta 1914, el Japón no se había atrevido a chocar de frente con las potencias ni a obrar sin su asentimiento. Pero en cuanto surgió el conflicto europeo y los Estados se lanzaron a los campos de batalla de Occidente, el Japón no vaciló más: bajo el admirable pretexto de ayudar a los aliados, declaró la guerra a Alemania y violando la neutralidad de China desembarcó sus ejércitos en Loung-Keou y se apoderó de los ferrocarriles y de las minas. El 7 de Noviembre de 1914, las tropas japonesas se apoderaban de Kiao-Tcheou y se instalaron en Chan Toung, a pesar de las protestas de China. En fin, el 18 de Enero de 1915, el gobierno de Tokio entregaba al Presidente de la República china Yuan Che-Kai un verdadero ultimatum bautizado en lenguaje diplomático «las veintiún peticiones».

Estas veintiún condiciones constituían un pacto de sujeción económica y política sobre China. En efecto (y no cito sin las cláusulas típicas de este «acuerdo» destinado, dice el preámbulo, «a reforzar las relaciones amistosas y de buena vecindad existentes entre las dos naciones»), China reconocía los derechos exclusivos del Japón sobre la Mandchuria meridional, la Mangolia interior y el Chan-Zoung. Además, el gobierno chino se comprometía: «A emplear japoneses influyentes como consejeros políticos, financieros y militares, a admitir las fuerzas de la policía japonesa por mitad con las fuerzas de policía china en todos los centros importantes del país, a comprar anualmente el 50 por 100 de su material de guerra a firmas japonesas, a consultar de antemano con el Japón antes de concertar empréstitos extranjeros.

Yuan-Che Kai necesitaba dinero y no podía encontrarlo más que en el Japón. Aceptó las veintiún condiciones comprometiéndose a tenerlas en secreto. Yuan desapareció de la escena política; sus sucesores tuvieron que plantear la cuestión del Chan-Zoung en la Conferencia de la Paz ante el creciente descontento en las esferas intelectuales. Pero ante la amenaza del Japón de abandonar la Conferencia, los aliados decidieron reconocerle sus derechos sobre el Chan-Toung. El día de la firma del tratado de Paz, los delegados chinos, en señal de protesta, se negaron a firmar el acta de Versalles.

Después de 1919, empezó en los Estados Unidos viva campaña contra las veintiún peticiones,

que tuvo su desenlace en Noviembre de 1921 en la conferencia de Washington. Esta conferencia, oficialmente, tenía por objeto la discusión del desarme naval y por fin real el arreglo de cuentas con el Japón relativas a China. Ante la actitud de los Estados Unidos y de Inglaterra, el Japón tuvo que ceder y consentir la anulación de todas las cláusulas del 5.º párrafo de las veintiún peticiones. En cuanto a lo demás, a pesar de la resistencia de los delegados chinos, las potencias impusieron un acuerdo concerniente a las concesiones, los inmuebles, la policía, las aduanas, los ferrocarriles, etc. Con el nombre de la «puerta abierta», los Estados Unidos hicieron que se admitiera el principio de que sobre todo el territorio de China las potencias se reconocían condiciones iguales para el comercio y la industria, o sea, que China pertenecería al más fuerte para apoderarse de ella. Washington abrió la era de los conflictos en el Pacífico. La Gran Bretaña rompió su tratado de alianza con el Japón. Los tres adversarios se prepararon en silencio para la lucha.

LA LUCHA EN EL PACÍ-  
FICO: EL CONFLICTO IN-  
GLATERRA - ESTADOS  
— UNIDOS-JAPÓN —

«La gran guerra del Pacífico.—Historia de la guerra americano-japonesa de 1921 a 1923» es el título de un libro que M. Héctor Bywater, escritor inglés especialista en cuestiones marítimas, publicó en Londres el año pasado. Esta novela «técnica» tuvo gran éxito y fué comentada apasionadamente tanto en Inglaterra, como en los Estados Unidos, como en el Japón. «The Far Eastern Review» consagró al libro de M. Bywater un largo estudio en el que se trata a la antigua aliada del Japón en términos agresivos. Según el órgano japonófilo el odio que actualmente manifiesta Inglaterra contra el Japón proviene de que ha perdido en este país antiguas y brillantes posiciones político-económicas y comerciales; la pérdida de estas posiciones se ha agravado con el hecho que, de una parte, los capitalistas americanos han sustituido a los ingleses, y por otra, que las pérdidas de la Gran Bretaña en el Japón no fueron compensadas por ninguna ganancia apreciable en China; al contrario, es el Japón quien con más éxito disputa a Inglaterra en China los mercados.

Tal es la razón por la que Inglaterra—recomenzando con el Japón el juego que tan bien le salió en Europa antes de 1914 contra Alemania—espera que una próxima guerra entre el Japón y los Estados Unidos la desembarazará a la vez de sus dos rivales más execrados. Impulsa esta guerra con todas sus fuerzas: no ha vacilado para poner a disposición de los Estados Unidos (se habla



de un pacto secreto entre ambas potencias) su formidable base naval de Singapore. Y no es equivocada la actitud de Inglaterra que especula sobre un conflicto entre los Estados Unidos y el Japón, porque es muy cierto que la política de aquel país es de agresión contra éste. Los lectores quizá hayan oído hablar de un libro del profesor de la Universidad de Columbia W. Pitkin, que causó cierto ruido cuando se publicó: se titulaba sencillamente «¿Debemos declarar la guerra al Japón?» Es evidente que hoy el Japón nada tiene que ganar en una guerra con los Estados Unidos, por esto se sometió en Washington en 1922 como se había sometido en 1920 cuando fueron ratificadas las disposiciones concernientes a los «gentlemen's agreement» por la prohibición impuesta a los japoneses de ser propietarios de inmuebles en el Estado de California. Además los japoneses utilizan grandes capitales americanos en su propia industria. Después del desastre de 1923 el Japón se ha vuelto hacia los Estados Unidos y gracias al aflujo de oro americano pudo levantar rápidamente sus ciudades en ruinas. A su vez, los Estados Unidos, han adoptado tanto para con Europa como para con Japón y China una política pacífica. Están en pleno período usurario... y será más tarde, cuando se trate de recobrar los créditos, cuando necesiten probablemente llamar al alguacil o al gendarme y practicar la política del secuestro. Mientras tanto, los Estados Unidos no ocultan sus proyectos para apoderarse de los mercados del Pacífico. En la revista americana «China weekly review», un periodista muy conocido, Gardiner, escribía un artículo titulado «La política realista de los Estados Unidos»: «Para sostener y levantar el nivel de nuestra existencia, es preciso que vendamos cada vez más al otro lado del Océano nuestro excedente de mercancías. Desde comienzos del siglo nuestro comercio con los países del Pacífico se ha centuplicado: hoy representa la cuarta parte de nuestro comercio transoceánico. Y sin embargo, puede decirse que no se ha hecho sino enviar muestras de nuestras mercancías a los mercados del Pacífico. Es muy instructivo comprobar que mientras para con China los Estados Unidos preconizan la política de puerta abierta, son los primeros que en sus posesiones de Filipinas prohíben por medio de tarifas elevadas la concurrencia de los productos no americanos.

Contra las ambiciones de los Estados Unidos, y para contener en cierta medida las astutas intrigas de Inglaterra, el Japón ha inaugurado un doble juego político: ha entablado conversaciones para acercarse a la U. R. S. S. dando a entender que se había concertado un tratado de alianza y ha organizado el panasiatismo. Este es una tentativa del Japón para reunir bajo su égida todos los pueblos asiáticos en nombre de un ideal superior de civilización. La plataforma política del panasiatismo

es la igualdad de la raza amarilla con la raza blanca; pero en realidad está llamado, ante todo, a servir los intereses del imperialismo japonés en frente de sus rivales ingleses y americanos creando las dificultades en sus propias posesiones: en las Indias y en Indo-China principalmente. Aún no pueden apreciarse los resultados del panasiatismo, pero es cierto que la burguesía japonesa intenta un gran esfuerzo de propaganda. A iniciativa del Japón se debe la tournée de propaganda, en 1924, del poeta-filósofo hindou Rabindranath Tagore. El primero de Agosto debió haberse celebrado en Nagasaki el primer Congreso panasiático con la participación de los 130 delegados de diez razas. En fin, el panasiatismo es una trampa más en el juego del Japón para apartar a los pueblos de las luchas de clases y de las organizaciones sindicalistas.

## II.—LA LUCHA DE LOS IMPERIALISMOS EN CHINA—LOS TOUKIUNS

1917.—Douan-Tsi-Joui, leader del club An-Fou, enfeudado al Japón, se apodera del poder central.

1920.—Los toukiuns Ou-Pei-Fou (provincias del centro) y Tchang-Tso-Lin (Norte) subvencionados por los Estados Unidos e Inglaterra se unen para derribar a Douan-Tsi-Joui y al club An-Fou (Julio)

1921-1923.—Predominio de la influencia de los Estados Unidos por mediación del dictador Ou-Pei-Fou. Derrota de Tchang-Tso-Lin aliado a la influencia japonesa (1922).

1924.—El Japón obtiene la alianza de los generales populares contra Ou-Pei-Fou. Gracias a este apoyo Tchang-Tso-Lin derrota a Ou-Pei-Fou y restablece en el poder al Club An-Fou.

1925.—Tchang-Tso-Lin prepara la lucha contra Cantón.—Los ejércitos populares del general Feng se pasan al movimiento nacional revolucionario.—Las tropas de Tchang-Tso-Lin son arrojadas de las provincias de Kiang Sou y del Chan-Toung. Feng entra en Pekin.—Destitución de Douan-Tsi-Joui.

1926.—Coalición de los imperialismos.—Derrota de los ejércitos nacionales.—Alianza provisional de Tchang-Tso-Lin y de Ou-Pei-Fou.—Retorno al poder de Douan-Tsi-Joui.—Influencia preponderante del Japón e Inglaterra.—Los Estados Unidos tratan de acercarse al gobierno de Cantón.

\* \* \*

Nunca China estuvo tan dividida, ni su poder central fué tan débil, como desde que las potencias proclamaron solemnemente el principio de la integridad territorial y reconocieron la necesidad de un gobierno central capaz de terminar con el régimen de anarquía militar de los toukiuns. Pero



es que las luchas intestinas que la destrozan se deben a las mismas potencias: los toukiuns, más o menos, siempre existieron en China, aunque no fuera más que a título de bandoleros, pero no tuvieron importancia sino a partir del momento en que empezaron a obrar por cuenta de las potencias extranjeras; prohibiéndose mutuamente la intervención en los asuntos interiores de China, los imperialismos se combaten por mediación de los toukiuns, y cada vez que uno de estos consigue apoderarse del poder central, encuentra siempre otro toukiun dispuesto a hacer la guerra al dictador en ejercicio; y sucede también que los imperialismos en lucha contraen, haciendo un alto en sus querellas, alianzas temporales para hacer frente al enemigo común; que es el nacionalismo revolucionario. Se asiste entonces a las vastas expediciones militares contra los Estados del Sur y la República de Cantón.

Cuando en 1915 el Japón se apoderó del Chan-Toung e impuso al gobierno de Yuan-Che-Kai las famosas «veintiún peticiones» pudo creer un instante que la China entera con sus riquezas naturales inmensas, su mano de obra dócil ilimitada y sus mercados, pasaría a su dominio. Y de hecho, a pesar de la resistencia de los intelectuales chinos, el imperialismo japonés reinó en China, sin contrario, organizándose sólidamente hasta que, terminada la guerra europea, Inglaterra y Estados Unidos, que se miraban de reojo en el Pacífico, comprobaron los peligros que corrían sus posesiones.

El Japón dominaba en China por mediación del Club An-Fou; disponía en el gobierno de ministros dóciles y de generales a sueldo. Contra el Club An-Fou, los Estados Unidos e Inglaterra opusieron dos generales gobernadores de las provincias del Centro y Norte, Ou-Pei-Fou y Tchang-Tso-Lin. Estos dos toukiuns unieron sus fuerzas contra los ejércitos japonófilos de Su, líder del Club An-Fou y le derrotaron en los primeros meses del año 1920 ocasionando la liquidación del Club An-Fou y la ocupación de Pekín por los ejércitos de Tchi-Li.

Este fué el primer revés grave que sufrió el Japón después de 1915, revés agravado luego por la conferencia de Washington: los japoneses tuvieron que evacuar el Chan-Toung y renunciar a sus pretensiones exclusivas sobre China. Mas lejos de desalentarse, supieron, casi inmediatamente después de su primer fracaso, conciliarse al general nordista Tchang-Tso-Lin, que se pasó al campo japonófilo y resucitó el Club An-Fou. Pero Tchang-Tso-Lin con el apoyo de los japoneses y alentado en cierta medida por Inglaterra, nada podía emprender contra el todopoderoso Ou-Pei-Fou, sostenido por los Estados Unidos y disponiendo de millones de dólares. En 1923, los Estados Unidos triunfaron instalando en Pekín a su partidario

Tsao-Koun. Pero las ambiciones dictatoriales de Ou-Pei-Fou levantaron contra él a casi todo el país; estallaron revueltas por doquier que fueron salvajemente reprimidas. Explotando este movimiento nacional, buscando incluso la alianza con los revolucionarios del Kuo-Min-Tang, el Japón supo muy hábilmente explotar las faltas de sus adversarios, y, en el otoño de 1924, Ou-Pei-Fou derrotado por Tchang-Tso-Lin, tuvo que huir buscando asilo en el toukiun Siao Yao-Pan, gobernador de la provincia de Hou-Pe. Dueño de Pekín, Tchang-Tso-Lin restableció en el poder a Douan-Tsi-Djoui y el Club An-Fou. La influencia del Japón se hizo preponderante. Y es entonces cuando Tchang-Tso-Lin se creyó bastante fuerte para reanudar por su cuenta el proyecto de la unidad China estableciendo una dictadura militar. Preparó una expedición militar contra Cantón, pero uno de sus partidarios, Chin-Si-Lin, sufrió un grave revés en Shangai y los ejércitos de Tchang-Tso-Lin tuvieron que evacuar en algunas semanas las provincias de Kiang-Sou y del Chan-Toung. Es entonces cuando entran en acción los ejércitos populares del general Feng.

### III. EVOLUCIÓN DEL MOVIMIENTO NACIONAL

1860.—Revolución de los Tai-Ping en el valle de Kiang.

1895.—Primeras manifestaciones del Kouo-Min-Tang fundado por Sun-Yat-Sen. Insurrección fracasada en Cantón.—Huída de Sun-Yat-Sen.

1899.—Insurrección de los Boxers.

1903-06-07-08.—Nuevas tentativas insurreccionales abortadas del Kouo-Min-Tang.

1911.—Insurrección en la provincia de Sen-Tchouen (Mayo).—Motines de soldados en Wou-Tchang (Noviembre).—La insurrección se extiende a Shangai y Nankin-Sun-Yat-Sen organiza la revolución y es elegido presidente provisional de la República por los delegados de provincia reunidos en Nankin (Diciembre).

1912.—Abdicación de la dinastía mandchou (Enero).—Sun-Yat-Sen entrega el poder (Febrero).—La asamblea constitucional de Nankin elige presidente de la República a Yuan-Tche-Kai. Ruptura entre el Kouo-Min-Tang y los poderes republicanos.

1913.—Apertura del parlamento chino (Abril). Yuan se apoya en las potencias para entablar la lucha contra el Kouo-Min-Tang y deshace las fuerzas populares en Nankin (Septiembre).—Sun-Yat-Sen huye al Japón.—Disolución del Kouo-Min-Tang (Noviembre).

1914.—Yuan se hace nombrar Cónsul vitalicio.

1915.—Yuan se hace proclamar Emperador (Diciembre).—Sublevación de las provincias del



Sur.—Establecimiento de un gobierno provisional en Cantón.

1916.—Restablecimiento de la República. Muerte de Yuan (Junio).

1917.—El general nordista Tchang-Hiun subvencionado por los aliados, toma a Pekín y proclama el retorno de la dinastía mandchou (Julio).—Douan-Tsi-Joui ayudado por el Japón le expulsa de Pekín, restablece la República y declara la guerra a Alemania.

1919.—Ruptura definitiva entre el Norte y el Sur.—Formación de una Confederación del Sur de la que Sun-Yat-Sen es nombrado Presidente.

1922.—Huelga de los dockers de Hon-Kong (Noviembre).—Huelga de los mineros de Tanshai.

1923.—Huelga general de los ferroviarios (Febrero).—Ou-Pei-Fou restablece el orden con ametralladoras.—Disolución de los sindicatos, cierre de las cooperativas y de los clubs obreros en toda China, excepto en Cantón.

1924.—Huelga de los dockers en Shanim. Huelga general victoriosa de los obreros textiles en Shangai y en Hon-Kong (Mayo).

\* \* \*

El movimiento nacional chino se remonta a los últimos años del siglo pasado. Durante el período de 1900 a 1924 este movimiento está por completo dirigido por los intelectuales agrupados en el Kouo-Ming-Tan. Dirigido en un principio contra los extranjeros y la dinastía mandchou, inspirándose a la vez en una ideología democrática y nacionalista, conduce, en 1912, a continuación de una revolución sangrienta, a la proclamación de República china. Pero, muy rápidamente, el gobierno republicano, dirigido por Yuan-Zhe-Kai, olvidando los intereses del pueblo chino, se constituye en el agente de las potencias extranjeras. Desde 1913, el Kouo-Min-Tang reanuda la lucha y, en 1919, fundó definitivamente, frente a la República del Norte, cuyos presidentes no eran más que las criaturas de los toukiuns, una Confederación de los Estados del Sur que, en la actualidad, extiende su influencia sobre una población de más de 100 millones de habitantes.

A partir de 1924, cuando estallan las primeras grandes huelgas obreras, el movimiento nacional adquiere toda su importancia. Después de esta época, dicho movimiento, evoluciona en sentido netamente comunista: «Lo que hay de nuevo, escribe Heller en su folleto *El movimiento nacionalista y la clase obrera china*, es que las masas chinas se agitan como nación al unísono, como una fuerza única sobre todo el espacio de este país inmenso; lo que hay de nuevo es que a la cabeza del movimiento caminan, no los intelectuales radicales, los estudiantes, como hace cinco años, sino la clase obrera». Y en efecto, nadie deja de

reconocer, con inquietud naturalmente, esta evolución del pueblo chino hacia el comunismo. Claro que sería temerario identificar el comunismo con la doctrina rigurosa de la lucha de clases tal como los proletarios occidentales la han practicado desde hace un siglo. En Junio de 1925, Karakhan, embajador de la U. R. S. S. en Pekín, decía a propósito del movimiento nacionalista: «El pueblo chino batalla aún por esas cosas elementales que los trabajadores de las demás naciones han obtenido hace ya tiempo. China, no obstante, avanza rápidamente. El movimiento actual parece como una especie de preparación en vista de una batalla más decisiva para más tarde. Tiene cierta analogía con la revolución rusa de 1905...»

La civilización que impuso a China sus sistemas de producción, ha trastornado en pocos años las relaciones sociales tradicionales de este pueblo. «Después de 1912 todo ha cambiado y sin retorno», escribe en una obra documentada, «China a través de las edades», el Rev. Padre L. Wiger, que pasa por uno de los especialistas más al corriente de las cosas chinas, y continúa: «Ideas nuevas, estilo moderno, libros recientes, manuales escolares, revistas, periódicos, enseñanza oral y escrita, tal es el presente y el porvenir».

Y en otra obra muy reciente, «China frente a las potencias», el historiador André Duboscq, afirma: «Sabemos que al mismo tiempo que ella (la joven China) está llena de buenas aspiraciones, también está saturada de errores antiguos y modernos: que no sólo un soplo de nacionalismo la agita, sino que las doctrinas más diversas, más subversivas, llegadas de todas partes, sobre todo de Europa, no la dejan indiferente. En las revistas, en los periódicos... por doquiera la misma confusión entre la busca de un modo de vida social como de una moral nueva».

#### LOS EJÉRCITOS NACIONALES POPULARES :-:

A partir de 1924, pues, se comprueba que en las grandes ciudades y principales puertos, el movimiento nacionalista es dirigido por la clase obrera en contacto con los elementos extremistas del Kouo-Min-Tang, cuya influencia aumentó en Cantón. La reacción política de 1923-24 señalada por las matanzas de ferroviarios huelguistas de Han-Keou, ordenadas por Ou-Pei-Fou, indujo a los obreros y a los estudiantes a sostener a Tchang-Tso-Lin en su lucha contra aquél. El Kouo-Min-Tang comprendía muy bien que la derrota de Ou-Pei-Fou daría al traste con los planes de los imperialistas. Aceptando del mal el menos, prefería favorecer provisionalmente a Tchang-Tso-Lin, cuyos lazos con el imperialismo japonés conocía, que dejarse aplastar pasivamente. Y, de hecho, la derrota de Ou-Pei-Fou favoreció en gran medida el



impulso del movimiento nacionalista puesto que obligó al gobierno japonófilo de Duan-Tsi-Joui a reconocer oficialmente el Kouo-Min-Tang en las provincias del Norte. Sun-Yat-Sen hizo un viaje a Pekin que le permitió organizar efectivamente el movimiento nacional en el Norte.

Más tarde, cuando el Houi-Min-Tang entró en lucha contra Tchang-Tso-Lin, una parte de los ejércitos que habían luchado contra Ou-Pei-Fou, y en los cuales se ejercía la influencia de los líderes del movimiento popular, pasaron a la Revolución. Su jefe, Feng-Yu-Siang, tomando la ofensiva, expulsó a las tropas de Tchang-Tso-Lin de las provincias del Oeste y las rechazó hacia el Norte. Estos primeros éxitos, tuvieron por resultado inmediato hacer cesar las luchas imperialistas y fué ayudado conjuntamente por Japón e Inglaterra, que Tchang-Tso-Lin, refugiado en Moukden, emprendió la preparación de una nueva campaña.

Por su parte, los Estados Unidos no permanecían inactivos y es muy probable que a sus buenos oficios se haya debido la entrada en escena, en los últimos meses de 1925, de Ou-Pei-Fou como jefe de un ejército considerable levantado en las provincias de que había conseguido apoderarse después de haber hecho desaparecer a su protector Siao-Yao-Nan.

Aunque ayudadas y sostenidas por la mayoría de la población, las tropas populares nacionalistas no podían rivalizar con las fuerzas de que disponían sus adversarios. Feng estimó que una victoria militar inmediata sobre Tchang-Tso-Lin era más importante que la proclamación de un gobierno revolucionario a su entrada en Pekin. En vez de unirse íntimamente al movimiento nacionalista Feng creyó más hábil no proclamar abiertamente su programa político, a pesar de la invitación expresa que le hizo el partido comunista chino en un manifiesto público. Feng se equivocó mucho. Esta política de silencio fué una de las causas de su derrota, porque no sólo contribuyó a aislar los ejércitos populares de las masas, sino que produjo perniciosa influencia en la moral del ejército, que creyó que sus jefes no perseguían más que fines personales.

Es sabido que habiendo estado a punto de triunfar, los ejércitos populares tuvieron que batirse en retirada y evacuar a Pekin. Hoy, Tchang-Tso-Lin y Ou-Pei-Fou, parecen de acuerdo para una acción contra los ejércitos populares de una parte y contra el gobierno rojo de Cantón por otra. Pero es muy probable que tal acuerdo entre dos generales que se detestan y que representan intereses imperialistas diversos no sea de larga duración.

De todas suertes, la guerra civil no tardará en reanudarse. El imperialismo japonés no ha renunciado a su proyecto de dominar a China unificándola bajo una sola dictadura militar. Pero hemos visto por qué tal proyecto no podía triunfar, aun suponiendo—lo que no creemos—que Tchang-Tso-Lin pueda acabar con los ejércitos populares: verá entonces levantarse contra él al imperialismo americano vigilante, que tiene interés en mantener la actual división de China. Pero, por otra parte, los imperialismos, aún coaligados como lo están actualmente, ¿pueden esperar vencer definitivamente al movimiento nacionalista? Parece que pasaron los tiempos en que los chinos soportaban sin recriminación el yugo que les oprimía, y esto desde que la lucha de clases ocupa el primer plan de la acción de las masas.

Los imperialismos tienen que hacer frente a un doble peligro. El nacionalismo xenófobo y la lucha de clases. Sobre ello es muy interesante el estudio de los medios de defensa de la burguesía japonesa más directamente interesada en la colonización de China. Hemos visto ya que para luchar contra el nacionalismo, dejando subsistente la xenofobia, había intentado el panasiatismo. De idéntico modo, para luchar contra la ideología revolucionaria hace un llamamiento al reformismo.

La burguesía japonesa, apoyándose en el ala derecha del Kouo-Min-Tang, trata de formar sindicatos reformistas que desvíen a los trabajadores de la lucha de clases. Pero es demasiado tarde o demasiado temprano. El movimiento nacional chino, evoluciona a tal velocidad que toda tentativa para desviar a las masas parece imposible. Por otra parte, nunca la situación en el Pacífico ha sido tan tirante; Véase lo que escribe Heller con tal motivo: «El vasto movimiento nacional y obrero que se ha desplegado ampliamente en el Pacífico y que abraza Corea, China, las Islas Filipinas, la India, Indochina, no hace más que aumentar y envenenar los antagonismos en el campo de los imperialismos. Toda la enorme cuenca del Pacífico está transformada en un polvorín grandioso que amenaza con una explosión sin precedentes. Esta explosión provocará inevitablemente una guerra mundial cuyas consecuencias y efectos destructores es muy difícil imaginarse...»

Compartimos esta visión de Heller sobre el porvenir próximo. Y frente la eventualidad de tal conflicto debemos estar preparados.

MARCEL FOURRIER.

Trad. de J. L. A.





ERNESTO LÓPEZ-PARRA

por A. Sepúlveda.

## CANCIONES DE ERA

### NOCTURNO

La era a la luna.  
Ya pronto  
apuntará la mañana.  
El camino  
sueña pesadillas blancas,  
y el río arrastra diamantes  
de claridades de plata.  
(Anoche  
mi corazón te esperaba).  
No has venido.  
Nunca vienes,

toda la vida se pasa,  
y tú no llegas. No vuelves,  
rosa del jardín del alba.  
El camino solo. Nadie  
por la carretera larga.  
A la sombra de unos álamos  
verdigúsea la casa.  
La era a la luna.  
Silencio  
de olvido sobre la parva.  
Sueña la era de oro.  
(Apunta  
su claridad la mañana).



## AMANE CER

La mañana.

El agua fresca  
por la tierra de los huertos.  
Despierta la era. A lo alto  
brilla el último lucero.  
¡Qué luz blanca en el camino  
todavía soñolienta!  
Ladran mastines al alba  
y un cantar madruga lejos.  
Corre el agua.

¡Oh!; alegría  
de la mañana en los huertos.  
Huele el aire de los campos  
a esencia pura de henos.  
El río lleva en la plata  
de sus aguas todo el cielo.  
Los árboles cabecean  
al dulce impulso del viento.  
Cae de la sierra un arroyo  
por las quebradas de cerro.  
Alondras. Polifonía  
del alba sobre el sendero.  
¡Como corre el agua clara  
por la carne de los huertos!  
La mañana.

El corazón  
tiene agua de sierra dentro.  
Claridad de alba en el alma.  
Agua nueva en cauce viejo.

## LA NOCHE EN EL RÍO

Las cosas están caídas  
en los cristales del agua.  
Los álamos, las estrellas,  
el puente, la verde y alta  
copa del pino, la trunca  
majestad de una muralla.  
La torre de aquel convento  
también se cayó en el agua.  
Se llenó el río de Noche,  
todas las cosas son blancas.

A la orillita del río,  
por una vereda clara  
va una carreta. Y está  
la carreta solitaria  
al mismo tiempo pasando  
por la senda y por el agua,  
y la corriente del río  
lleva a la Noche y la clava  
en sus cristales. (Las cosas  
parecen irse y no pasan).

Está temblando la noche  
sobre el río de esmeralda;  
en el remolino vil  
la Luna su risa blanca  
y la sombra del molino  
en la orilla se retrata.  
Yo mismo estoy en el puente  
y estoy temblando en el agua  
y voy y vengo en la espuma  
junto a la luna de plata.

ERNESTO LÓPEZ-PARRA





# EL AMBIENTE

---

No hay en estos momentos, nada tan alarmante y de tanta urgencia a renovar en un sentido de pureza pública, como la cuestión del ambiente. De todos los problemas de tipo transcendental, el más terrible, enormemente terrible y menos estudiado, es el que refleja el actual decadentismo ideológico, nuestras costumbres de tono atávico y esos absurdos placeres y extravíos colectivos puestos últimamente de moda.

Hay una manía o predisposición en toda persona, de ensalzar las cosas y valores de acción pasada al relacionarlas con las de aspecto novedoso.

No quisiéramos nosotros en esta ocasión caer dentro de semejante dualidad. Dejemos, por tanto, a un lado, la tan manoseada exclamación de Jorge Manrique. Esto es, no lo tomemos desde el punto de vista gazmoño ni melancólico. En todas las épocas se suele encontrar algo aprovechable, henchido de excelencias, y mucho que puede ponerse como ejemplo de gran ludibrio. Para el objeto que nos mueve—y no es otro que el de poner sobre aviso a los hombres de inteligencia y sentimientos imperturbados—no es necesario apelar a la comparación erigida en sistema didáctico. Basta con fijar la mirada y reflexionar escaso tiempo sobre las predilecciones que embargan la vida del español actual. Es suficiente, con que se observe, por vía de curiosidad la nulidad de entusiasmo que ponen a contribución de las ideas las nuevas generaciones y hacer memoria seguidamente del rico aporte de fervores sociales y movimientos de transcendencia e interés nacional, que produjeron los últimos y primeros años de los decenios antepasados. No es preciso llegar más allá, ni establecer otras divisorias, ni someterse a evidencias y claridades mayores, para ver con asombro y dolor el descendimiento habido en materia social, en orden de ética y en calorías de espíritu, y, para cerciorarse de que, por otra parte, se ha conseguido un soberbio avance en proyecciones frívolas, en gustos extravagantes y en ansias de sabor primitivo.

Si la vida del hombre y por consecuencia la de los pueblos es una continua ascensión y una persistente guerra contra los genios del mal y contra las sombras de la ignorancia, ¿cómo se explica el fenómeno de que el español cada día tenga más gozo en el retroceso, es decir, que guste de manifestarse como muchedumbre ignara y de que haya abandonado su propia obra de salvación sobre tan buenos auspicios comenzada?

El mal no radica en otra parte que en el factor ambiente. Ahí es donde hay que buscar las verdaderas raíces. Y nos parece ra-

ro, excesivamente raro, que nadie quiera percatarse de ello, que no haya quien oficie de vigía y esponja, a modo de clamorosa reacción, el cuadro de tantos desastrosos efectos como emanan del ambiente. Los elementos representativos de los diversos idearios económico-sociales y de los cuerpos de política avanzada, debieran meditar—cosa que nunca han hecho—acerca de esta cuestión de honda psicología, sobre estas enfermedades que acusa el espíritu de la multitud. Debieran mirar en derredor y advertir la profunda crisis que padecen todos los sistemas doctrinarios. Después de tantos años de tenaces propagandas y desplazamientos inauditos por alcanzar un presentimiento dicho, se ha llegado al centro de un inmenso vacío. A una absoluta indiferencia y letal escepticismo. En ello participan de grave culpa esos mismos elementos. Bien entendido, no se podía conseguir a lo largo del tiempo, otro fruto que una total ausencia de colaboradores. Quien más, quien menos, todos han obrado guiados por el resorte e incentivo de una misma divisa: la de utilizar las masas con provechos propios. Todos se han desentendido siempre del oneroso trabajo de estructurar a las gentes interiormente. Porque no se ha realizado al unísono esta labor de elevación moral, se ven ahora de forma tan lamentable. Es más, afirmárase que, salvo rarísimas excepciones, ellos son, por naturaleza de sentimientos y entronque de plebeyos deleites, pura y ligamentosa masa.

No hay otro problema—quíerese o no se quiera—, más pavoroso que el del ambiente. Si antes no se ataca de lleno éste, jamás se dará un paso en firme y hacia adelante en los otros. Como ya afirmamos en anteriores editoriales, la cuestión española no es cuestión de escuelas, ni es tampoco cuestión de tierra, ni de ampliación política. Es de ambiente. Es problema de juventud, de creación de caracteres, de espíritus sostenidos. Es cuestión de viva cultura, pero con la disyuntiva de que cultura en este expreso caso, no significa sapiencia, sino reverdecimiento perenne de la voluntad y del sentido ético, adiestramiento para lograr el bien de los pueblos y no eludir en la vida la responsabilidad de los actos.

Más que pedir la fundación de escuelas a nuestros regidores de ciudad y villorrio, conviene conminarles para que no sigan entonteciendo a las gentes con tanta barbarie espectacular, con tanto apogeo estúpido de diversión, con tanta manifestación corrupta de vida.

Por el procedimiento que ahora se sigue, por los derroteros que llevan las masas, advendrá un día que, en vez de hombres, pululen por las calles rebaños de ilotas.



# LIBROS

Recuerdos Entomológicos, por Juan Enrique Fabre—«Espasa Calpe.—Madrid.

Monnot, el gran *journalista* francés, acaba de evocar en un brillante artículo reproducido por muchos periódicos el relevante significado con que hoy día se destaca en el mundo del pensamiento la figura ejemplar del sabio Juan Enrique Fabre, verdadero creador de la Entomología, y uno de los hombres más buenos y que más han contribuido a la ideación contemporánea. La vida y la obra del insigne observador y tratadista, llamado el *poeta de la ciencia* por el modo maravilloso como supo imprimir el soplo romántico e idealista en sus paciencias inquisiciones científicas, es vivo ejemplo de lo que puede la voluntad alumbrada por la antorcha del ideal. Y también prueba de que, las más de las veces, la gloria, aunque merecida, no suele ornar las testas próceres que descollaron en el cultivo de la inteligencia redentora y soberana, sino cuando aquéllas ya abandonaron su fugaz paso por este medio y prueba que constituye el jardín sensual de la vida.

Altamente digna de divulgación la ejemplaridad de la vida y la obra de Fabre. Hijo de pobres cultivadores de Aveyrón, desde los primeros años vióse apuntar en él la precoz curiosidad por las cosas de la Naturaleza. A los siete, ya leía a La Fontaine, encantado de encontrar en sus deliciosas fábulas a los que más tarde habían de ser sus amigos: los animales. Después, trasladado con su familia a Rodez, allí, ampliando el radio de sus lecturas, emprendió la de las *Bucólicas* de Virgilio, que le hicieron profunda impresión. Estudiante en la Escuela Normal de Aviñón, tras lucha enconada por la plaza, a los tres años de edad en este centro y diez y ocho de edad, obtuvo el diploma superior, con lo que se le confirió la dirección de una escuela primaria. Profundizado que hubo en las Matemáticas, alcanzó la licenciatura, marchando en seguida como catedrático a Ajaccio, capital de Córcega, patria de Napoleón el Grande. Los consejos de los sabios Requier y Moquin-Tandon, y, sobre todo, un trabajo que cayó en sus manos, debido al entomologista Leon Dufour, decidieron en él abandonar el profesorado y dar rienda suelta a sus antiguas aficiones del estudio de los insectos.

Aquí viene ya la era del genio, la labor

del sabio, trabajador original, infatigable, que pronto eclipsaría todo lo conseguido hasta entonces en el cultivo de la ciencia entomológica, que merecería la admiración de los hombres más eminentes—como Darwin, quien le diputó de «observador inimitable», y Rostand, que le llamaba «el Virgilio de los insectos»; que recibió las voces alentadoras del ministro Duruy y hasta del propio emperador Napoleón III. En efecto, abandonado que hubo sus estudios de Química industrial, en los que había conseguido notables descubrimientos, y sus intentos de fundar una cátedra libre de Entomología—intentos que le proporcionaron innúmeros disgustos y sinsabores—, retiróse a Orange, donde comenzó su verdadera obra personal de divulgación mediante el libro. Allí escribió sus famosos manuales dedicados a la educación de la juventud. La lucha obstinada por el imperativo cotidiano de la vida, lucha que consumió cuarenta y cinco años de los noventa y dos de la existencia del sabio, acabó por aquella época, y Fabre pudo al fin dedicarse libre y pacientemente a su gran vocación. Necesitaba un apartado rincón donde poder darse a sus investigaciones. Encontrólo en Serriñán, a pocos kilómetros de Orange. «Allí vivió exclusivamente entretenido con sus queridos insectos—dice un biógrafo—, pasando sus días en el *harmas*, extensión inculta, pedregosa, donde crecen la gramilla, la centáurea, los cardos y las zarzas. Para él compendiaba un edén». Y el propio naturalista se expresaba, más tarde, a este respecto: «Esta tierra, a quien nadie se atrevería conflar un puñado de semillas de nabo, es un paraíso para los himenópteros... Hay toda suerte de cazadores, constructores en tierra aupisonada, tejedores de cotonada, ajustadores de piezas cortadas en una hoja o en los pétalos de una flor, cartoneros, trabajadores en la arcilla, carpinteros, mineros abriendo subterráneos, etc.»

Mas no se limitó su atención a ese género zoológico. Otros mil insectos le decían su historia: el curioso ojo del observador encontraba ininterrumpida ocasión de estudio en los antidios, megachiles, chalicodomas, antoforos y osmios. Con idéntica paciencia observaba a unos y a otros; pero interesándose particularmente por aquellos poseedores de particulares instintos, aptitudes o hábitos. Su ingenio sin igual penetraba en el secreto de cada uno. La inducción le guiaba a maravilla para descubrir y generalizar



la razón de sus acciones. Ella le servía también para anotar la causa de cada fenómeno. Era este trabajo, en verdad, crisol para el sabio, para el filósofo y para el literato que, de consuno, había en Fabre. Todo ese caudal imponderable de conocimientos, de observación, de labor de medio siglo está contenido en el gigante monumento literario escrito por el sabio, y que lleva por título *Souvenirs Entomologiques*, que en francés comprende diez volúmenes y levantóse en los dos lustros que median entre 1879 y 1889. Esta obra supera a lo escrito por Reaumur, Redi, Huber y el Dufour, cuyos geniales hallazgos fueron el camino de Damasco para Fabre. Los más célebres entomológicos habidos hasta entonces en Francia y en el mundo quedaron *apantados* por el genial provenzal. «Los partidarios de la ciencia árida y seca—dice Monnot, el agudo comentarista citado—reprochan a Fabre no haber separado sus observaciones entomológicas de las emociones diversas que ellas le suscitaban, y de tratar de los insectos en crónicas. Es esta una reconvención tan injusta como inmerecida. En los diez copiosos volúmenes de los *Recuerdos Entomológicos* no se encuentran, en efecto, nomenclaturas científicas ni enfadosas clasificaciones. En cambio, abundan observaciones apasionantes, instructivas, presentadas bajo el más atrayente de los aspectos. Fabre era realmente un poeta; pero supo unir la poesía a la realidad».

Es cierto que resulta magistral el modo cómo se adunan el interés y la enjundia científica, la sugestión lírica y la revelación de verdades sorprendentes en el vasto contenido de cuanto escribió Fabre, el monumento aludido anteriormente, que se eruirá siempre analteciente al Arte y al Saber. Nadie alcanzó como este sabio ese don que define toda su obra divulgadora, en la que se matizan con gayos tonos las arideces científicas, antes reservadas a los profesionales. Y hasta en el sector de la especulación pura, ¡qué caudal de inapreciables ejemplos y observaciones ofrece la labor de Fabre para discriminar sobre esos problemas transcendentales de la ciencia natural como son el transformismo, y sus secuelas! Precisamente una obra muy curiosa que ha publicado recientemente el sabio L. de Saint-Ellier viene a demostrar cómo muchos de los descubrimientos de Fabre son contrarios a la teoría de la evolución, negando el mimetismo y la lucha por la vida.

\* \* \*

La fama inmensa de este escritor y sabio, filósofo y apóstol retraído y humilde, uno de los hombres más excelsos de todos los tiempos, que bien tardíamente vióse colmado de honores, pero cuya figura se agiganta a me-

didada que el tiempo da tonalidad y nitidez a su perspectiva, la comprueba el lector español con la selección hecha por Calpe de los *Recuerdos Entomológicos*. Los diez volúmenes o tomos franceses quedan reducidos a cinco en la edición española, en la que se han essogido y agrupado con sano criterio las diversas materias. Vertidos al castellano con singular probidad por Felipe Villaverde, la casa editora ofrece estos libros con elegante factura. La colección que tenemos sobre la mesa, encuadernada en chagrin rojo, sobre la que destacan áureos rótulos y figuras alegóricas, sorprende, tanto por ese ornamento exterior como por su excelente tipografía, grande y bella, y sus artísticas láminas. Lo más alto, lo más característico, sugerente y ameno de cuanto investigó y creó—que las dos cosas hizo a la vez—el glorioso *poeta de la ciencia*, se nos da en estos libros doctos, que llevan los títulos de *Maravillas del instinto de los insectos*, *La vida de los insectos*, *Costumbres de los insectos*, *Los destructores* y *Los auxiliares*. Grata como pocas nos ha sido la relectura de los mismos, dados a la estampa en nuestro propio idioma. Ella nos ha hecho reafirmar nuestro juicio de ser obras de excepción que tanto ponen de manifiesto ese «gran papel libertador» que la Ciencia está llamada a ejercer en la moderna civilización, a juicio del gran sabio Richet, como despiertan el amor a lo que vive y ha sido creado con aquel fervor panteísta que inspiraba al glorioso autor de *Los Miserables* lo mismo el rastro del coguyo a ras de tierra, que el rutilar de la estrella en el infinito azur.

\* \* \*

«Uno de tantos», por  
 Angélica Palma.—Es-  
 pasa Calpe--Madrid.

Váse robusteciendo, de día en día, la tradición de la literatura femenina americana. Paralelamente al modo como es dado observar un renacimiento recíproco en la conciencia colectiva, que aboga, tanto aquí como allí, por la verdadera compenetración e identidad espirituales entre España y sus hijas de allende el océano, y también un rápido avance de éstas en la corriente de progreso en todos los órdenes, ofrécese, decimos, como elevado exponente de esa capacidad, de ese despertar fecundo, un brillante plantel de privilegiados temperamentos literarios y artísticos que magnifican las letras de nuestra habla.

Y no es sólo la Poesía el género en cuyo cultivo destacan grandes figuras, ni son éstas solamente las de los autores años há consagrados universalmente. La novela, el ensayo, la crítica y la interpretación histórica producen allí obras maestras, no pocas de



las cuales son debidas a péñolas femeninas.

Puede decirse que esa pléyade de escritoras que ha surgido a la vida literaria en estos últimos años absorbió bien pronto la atención de Crítica y público, hasta el extremo de restar nombradía y gloria a los grandes pensadores y publicistas que son dignos continuadores de aquellos colosos, tempranamente fenecidos, ¡ay!, que cual Darío, Nervo, Rodó, Ingenieros y algún otro, siguen siendo faros radiantes de influencia decisiva en la ideación contemporánea.

Gabriela Mistral y María Monvel en Chile, María Enriqueta y Rosario Sansores en México, Juana de Ibarbourou y Luisa Luisi en el Uruguay, Angélica Palma en el Perú, Alfonsina Storni en la Argentina y Emilia Bernal en Cuba, por no citar sino a las más salientes, con poetisas y novelistas cuya semilla de arte y cultura se prodiga generosa, obrando cual rocío bienhechor en la ideología americana de estos tiempos. La labor de estas escritoras de excepción tiene altísimo valor y hondo significado, no sólo por su pureza de ley y su densidad de pensamiento, sino por servir de eficiente contrapeso a la fiebre de frivolidad escéptica y hedonista que hoy, más que nunca, se adueña de las almas, imposibilitando la tan necesaria elevación de la mujer de nuestra raza.

\* \* \*

Angélica Palma es, acaso, entre esas ilustres escritoras nombradas, la menos conocida en España. La causa hay que buscarla en no haber cultivado intensivamente la colaboración ni otros medios exhibicionistas en la prensa americana que nos llega, y que constituye el más poderoso, por no decir el único, vehículo difusor de la vida intelectual del continente, del que no recibimos libros. Empero, la ilustre escritora peruana es, sin duda alguna, con María Enriqueta, la mejor prosista de América.

Hija del glorioso erudito e historiador Ricardo Palma, cuya obra gigantesca, *Tradiciones Peruanas*, colócale a la cabeza de los escritores del género. Angélica Palma tuvo en su venerable progenitor al maestro de quien aprender y el ejemplo que seguir. La misma clásica serenidad de pensamiento, idéntica maestría de expresión que en el patriarca de las letras peruanas obsérvase en la hija, que hoy día es una de las dos genuinas novelistas del continente. Paciente, escrupulosamente va esta insigne artista del verbo troquelando sus joyas literarias, cuya espontaneidad y exquisitez denotan un dominio tan raro del arte como singular cono-

cimiento intuitivo de la vida. *Vencida y Por senda propia* son sus dos primeras novelas, que, con ser realmente admirables, marcaron la seguridad de un indudable avance superador en la técnica y el estilo, hoy confirmado. Tras ellas vienen: *Coloniaje romántico*, que obtuvo el premio del Congreso internacional literario de Buenos Aires en 1.921; *Tiempos de la patria vieja*, laureada con el primer premio del concurso del Centenario de Ayacucho en 1.924 (obra aún inédita, y cuya publicación inminente anuncia la Editorial bonaerense «Nuestra América», que el articulista representa en España) y, finalmente *Uno de tantos*, la obra que acaba de aparecer, lanzada por Espasa Calpe, y que nos sirve de leimotivo sugeridor de la presente glosa.

Leyendo *Uno de tantos* sumergimos nuestro espíritu en la más dulce evocación de esa tierra de promisión y ensueño que es el Perú, que cual marco magnificante deja percibir gayas reminiscencias esplendorosas constitutivas del cuadro de la antigua civilización de la España colonizadora. Es esta toda una novela maestra: lograda, sobria, romántica, realista por su justeza narrativa, idealista por su aspiración ética. Angélica Palma, que ha vivido en España, que nos ha visitado recientemente y continuará gustando de asomarse a nuestro rancio solar ancestral y a nuestros medios intelectuales, sitúa el desenlace de su obra en el propio Madrid. Pocos escritores, no ya extranjeros que hayan pintado, aunque de pasada, la vida española, sino nacionales precisamente, consiguieron síntesis costumbrista tan expresiva y armónica como la que apunta en algunas páginas de *Uno de tantos*. El contraste entre las añoranzas arcáicas, las antiguas costumbre populares, la psicología peruana, en una palabra, y la vida moderna, artificiosa y banal aquí como allí, que consume a los temperamentos aparentemente fuertes que no han sabido seguir el consejo nietzscheano de sobrepujarse; ese contraste, repetimos, tiene en la novela de la insigne escritora peruana aquella fuerza alada—valga la aparente paradoja—que ponía en sus lienzos el inmortal pintor de Leyde.

Sobre tantos méritos, *Uno de tantos* posee el extrínseco de haber sido dado a la estampa en España, igual que, poco antes, la magnífica edición, auspiciada por el Gobierno del Perú, de la *Tradiciones Peruanas* del célebre y ya difunto padre de la novelista.

ANGEL DOTOR

Imp. MINERVA - Linares Rivas, 24 - GIJON



# TORNER

— ÓPTICO —

Esta casa despacha las recetas de  
los señores oculistas a la hora de  
:: :: hecho el encargo :: ::  
ESPECIALIDAD EN GAFAS, LENTES, etc.

Máquinas y accesorios fotográficos  
Escandalera, 6                      Teléfono 8-20

— O V I E D O —

# Fábrica de Yeso de Veriña

MARCA REGISTRADA

“Yeso de Veriña - Rato Martínez”



LA MEJOR CALIDAD  
EXISTENTE EN ASTURIAS

Un buen chocolate

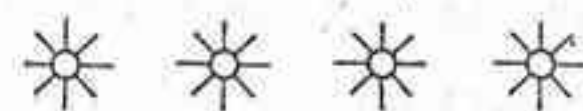
“LA CIBELES”



DESPACHOS EN OVIEDO:

Uría, 19 - San Juan, 10 - San Francisco, 9

# Gran Rhum Johnson



Aurelio G. Fidalgo

Campoamor, 5

— O V I E D O —

# “CAFE CERVANTES”



# El más completo café

Regio salón de billares

Teléfono 1400

ESCANDALERA

— O V I E D O —